

Colectión



SAETA

# H. Zumbado **¡ESTO LE ZUMBA!**



**H. Zumbado**  
**¡ESTO LE ZUMBA!**



Con **¡Esto le zumba!** H. Zumbado se confirma como uno de los talentos humorísticos más sobresalientes de la actualidad, brindándonos, en estos cuentos y relatos, toda la agudeza sarcástica de que ha hecho gala en múltiples ocasiones, como narrador y periodista. Orientada hacia la erradicación de aberraciones sociales, algunas de ellas latentes aún hoy, su crítica satírico-costumbrista se nos manifiesta aquí con el mismo gracejo y con la misma espontaneidad que caracterizan a casi toda su obra publicada, sumergiéndonos, entre sonrisas y carcajadas, en eso que él denomina un estado *riflexivo*.

---

COLECCIÓN: SAETA



---

H. Zumbado

# ¡ESTO LE ZUMBA!

---

ePub r1.0  
ePub2.0

Edición: Josué Marrero  
Redacción: José Tajés  
Cubierta: Rusky Gamboa

© H. Zumbado, 1981  
© Sobre la presente edición:  
Editorial Letras Cubanas, 1981

EDITORIAL LETRAS CUBANAS  
Palacio del Segundo Cabo  
O'Reilly 4, esquina a Tacón  
La Habana, Cuba

Editor digital: WeaR&WaZ  
ePub base r2.1





—ewya\_#045—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de escritores cubanos, fundamentalmente; pero también de obras literarias de autores extranjeros, publicadas por editoriales cubanas...


WeaR&WaZ®  
©RiverDry 12.05.2022

¡Síguenos en redes sociales!

 [t.me/p\\_ewya](https://t.me/p_ewya)

 [@EWYAProyecto](https://twitter.com/EWYAProyecto)

 [@proyecto\\_ewya](https://www.instagram.com/proyecto_ewya)

 [@EWYA\\_Project](https://www.facebook.com/EWYA_Project)



## ÍNDICE DE CONTENIDO

---

<a href="#"><u>Del autor al lector con candor / 8</u></a>
<a href="#"><u>El aplastamiento de la tortilla / 11</u></a>
<a href="#"><u>¿Alguien quisiera decir algo más? / 14</u></a>
<a href="#"><u>La croqueta / 16</u></a>
<a href="#"><u>Solicitud de personal / 19</u></a>
<a href="#"><u>¡Llegaron las doce! / 26</u></a>
<a href="#"><u>El hombre del teléfono / 30</u></a>
<a href="#"><u>Imagínate tú / 36</u></a>
<a href="#"><u>Ajedrez para Morfeo / 40</u></a>
<a href="#"><u>La suerte de Goyo / 45</u></a>
<a href="#"><u>Mmm... ¡Qué curioso! / 50</u></a>
<a href="#"><u>Austerico y Aseptina / 56</u></a>
<a href="#"><u>Memorándum / 60</u></a>
<a href="#"><u>El error / 65</u></a>
<a href="#"><u>Involución / 69</u></a>
<a href="#"><u>Cheo, el chistoso / 73</u></a>
<a href="#"><u>El lobo de Bar / 75</u></a>
<a href="#"><u>El tipo que creía en el Sol / 81</u></a>
<a href="#"><u>La conquista de los catayos / 85</u></a>
<a href="#"><u>El Presidente Vitalicio / 87</u></a>
<a href="#"><u>Del tigre un pelo / 89</u></a>
<a href="#"><u>Amor a primer ajejo / 96</u></a>
<a href="#"><u>Consuelo / 101</u></a>
<a href="#"><u>Cartas de amor / 103</u></a>
<a href="#"><u>La felicidad / 110</u></a>
<a href="#"><u>La joyita / 113</u></a>
<a href="#"><u>La viejita ingenua / 121</u></a>

*Para madame Monfort,  
con ese apellido que parece haber  
cruzado espadas con los señores feudales  
del medioevo francés,  
y esos ojos de sereno orgullo,  
verdiazules y vivaces  
como las olas del Báltico,  
y esa altivez de Isabel I de Inglaterra  
—la altiva reina Bess.*

*Para mi querida Monfort,  
que no es de Francia, ni británica,  
ni nórdica, si no, naturalmente,  
del Camagüey.*



## DEL AUTOR AL LECTOR CON CANDOR

*¿De qué trata todo esto? En primer lugar, de todos los cuentos que he escrito en los últimos veinte años, que representan, en suma, todos los cuentos que he escrito.*

*Aquí están incluidos, desde «El hombre del teléfono», escrito en febrero de 1963, hasta «La croqueta», que terminé en los primeros días de marzo del 81.*

*En total, 26 cuentos en 18 años, que hacen un promedio de 1.4, es decir, de cuento y medio por año. Menos mal que no me ha dado por vivir del cuento.*

*Cuando pienso que O. Henry escribió 500 cuentos, me doy cuenta de que me faltan solamente 474 para alcanzarlo, y que al ritmo que voy —130 cuentos por siglo— lograré empatarme con él dentro de 384 años, o sea, en la primavera del 2365, en la que espero no llueva mucho, porque a los 432 años de edad, me imagino que si me mojo pudiera significar el fin de mi carrera literaria.*

*Mientras tanto, en forma muy breve, hablemos de estos 26 cuentecitos. ¿De qué tratan? Haciendo un tremendo esfuerzo de síntesis, yo diría que tratan, en orden de aparición:*

*1) de la forma en que se refieren a un pobrecito pan con tortilla en una asamblea de científicos;*

*2) de la actitud ante el trabajo de un empleado modesto y callado;*

*3) del impacto que puede causar en la memoria de un ciudadano un prolongado consumo de croquetas;*

*4) de lo que le ocurre a dos amigos cuando uno de ellos decide trasladarse al trabajo del otro;*

5) de un grupo de cubanos en un barrio de la Habana Vieja celebrando el 31 de diciembre de 1965;

6) de un hombre que había dejado de ser él mismo sin darse cuenta;

7) de un aficionado en el estadio sufriendo la angustia de decidir entre ver el juego de pelota o comerse un perro caliente;

8) de un administrador de cafetería organizando un torneo internacional de ajedrez;

9) de un criollo demasiado vivo;

10) de dos científicos del siglo 35 investigando un extraño objeto del siglo 20;

11) de las sospechas sobre una joven vecina de un viejo matrimonio demasiado dado a la comunicación social;

12) de un empleado de ministerio gestionando un trámite dentro del ministerio;

13) de la imaginación de un dueño de billar y su coime dentro del contexto de Camarioca, a mediados de la década del 60;

14) de los esfuerzos de una burguesa por integrarse a un proceso poco gentil con la burguesía;

15) de un chistoso;

16) de un criollo sabrosón y Casanova;

17) de un tipo optimista que conquistó el Sol;

18) de Cristóbal Colón, al revés;

19) de la vitalidad de un dictador latinoamericano cuando se enferma;

20) de lo difícil que era en la etapa prerrevolucionaria quitarle un pelo a un tigre;

21) de cómo el ron añejo se puede convertir en Cupido si lo dejan;

22) del encuentro de los sexos opuestos en una fiestecita en Pinar del Río;

23) de una larga carta de amor y su respuesta;

24) de la felicidad matrimonial (los dos penúltimos cuentos);

25) y de una viejita que sembró una ceiba en el balcón de su casa.

De esos temas tratan, más o menos, estos cuentos escritos, la mitad de ellos, en los años 60 y la otra mitad en la década del 70.

Al escribirlos, he hecho todo lo posible porque no sean ni muy largos, que aburran al lector, ni que se queden cortos y lo dejen traumatizado; que sean coherentes y lógicos, sin saltos extraños ni recovecos que lleven al lector a dudar de su propia inteligencia; que los puntos y comas no estén donde deban estar los puntos y viceversa; que en los diálogos la gente hable como habla la gente y no como dice la Academia de la Lengua; que al final el lector no se pregunte: «¿Qué rayos habrá querido decir el autor?»

En fin, eso es lo que he intentado: que sean cuentos inteligentes, bonitos y agradables; que entusiasmen y emocionen; que el lector salte de gozo, brinque, se arrastre por el suelo, llore, grite, se hale los pelos, ría a carcajadas, se preocupe, reflexione y ríflexione, se conmueva, se impacte totalmente y salga corriendo como un poseído por la calle, saltando y vociferando: «¡Qué gran autor! ¡Qué gran libro!»

Porque todos tratamos de hacer la gran, trascendente literatura.

Pero como me temo que en ese noble empeño he fracasado miserablemente, ruego a los lectores —y en especial a los críticos— que tengan piedad de mí.

H. ZUMBADO

La Habana, marzo de 1981.

## EL APLASTAMIENTO DE LA TORTILLA

Entró a la consulta riéndose. Era una risita convulsa, una especie de je-je-je nervioso y cancanearte.

—Siéntese, tómelo con calma. A ver, ¿qué le pasa? —le dijo con suavidad maternal el psiquiatra.

—Es esta risita, docto, je je, que no se me quita.

—¿Y desde cuándo la tiene?

—Bueno, como desde hace un año, docto, me acuerdo perfectamente...

Y entonces el hombre comenzó a contar.

—...Perfectamente, docto. La asamblea iba piano, suave, je je, sin tema, docto, perfecto. Primero, me acuerdo de que se discutió el problema de las computadoras de segunda generación. Después fue la cosa del rayo lasser y los microscopios electrónicos. Luego se hizo el análisis de los estudios macroeconómicos y de las inversiones y las variables del plan y eso. Al quilo, todo iba al quilo, docto. Y entonces fue que se planteó la cuestión de la tortilla.

El psiquiatra arqueó ligeramente una ceja.

—¿La tortilla?

—Sí, docto, que si la merienda, que si los refrescos del tiempo, que si las croquetas de ave, de averigua lo que tienen, que si la tortilla. Eso, docto, los científicos plantearon que el pan con tortilla estaba muy caro, que por qué a quince quilos, por qué, a ver, por qué. Yo expliqué entonces —yo soy el responsable de Servicios Internos, docto—, yo dije que el Organismo no estaba en esa de sacarle plata a la merienda. No lo dije así, claro, expliqué que la filosofía del Organismo se astraía de toda intención lucrativa con respecto a la merienda —no sé si dije se astraía o se astenía, no

recuerdo la palabra exacta—, pero el caso es que dije que los huevos costaban a once centavos y que el pan salía a dos quilos, que sumaban trece, y un quilo más por la grasa, catorce, y otro quilo por la fuerza de trabajo hacían quince en total y que ni más barato ni en J. Vallés, como decía el anuncio de antes.

Pero entonces se paró de su asiento un eléctrico, que diga, un psicólogo y dijo, eh, eh, espérese ahí un momento, compañero, que los huevos los rebajaron a ocho centavos, así que...

Murmullos en la asamblea, docto, usted sabe como es eso, ese uuuh uuuh colectivo, de todo el mundo a la vez, que le eriza los pelos a cualquiera.

Y entonces un matemático dijo que, ah, bueno, entonces eso quiere decir que nos están cobrando tres centavos de más, ya tú sabes, ¡el veinte por ciento de ganancia neta! Y otro gallo licenciado en Ciencias Políticas dijo bajito, pero que lo oí bien, que ni roquefeler en sus buenos tiempos.

Ahí empecé a ga ga gaguear un popó po poco, pero cuando la cosa se puso mala de verdad fue cuando un candidato a doctor en Filosofía pidió la palabra para plantear que la tortilla no era objetivamente la tortilla en sí —dijo eso, docto, la tortilla en ella, se da cuenta—, dijo que más bien se trataba de un idealismo subjetivo, así mismo dijo, docto, porque al fin y al cabo el pedazo de tortilla que ponían en el pan era mucho menos que un huevo, y que por lo tanto la masa física no gravitaba más allá de las tres octavas partes del huevo en sí.

Y otra vez el runrún de la gente en la asamblea —los científicos estaban como locos, docto— y el uuuh uuuh ese espeluznante, y entonces, docto, uno de ellos, una economista de espejuelitos que no ve casi nada, propuso que se nombrara una comisión para estudiar con seriedad los parámetros de la problemática de la tortilla y ahí mismo se integró la comisión con la economista, un sociólogo, un físico nuclear y la compañera que despacha la merienda y ahí fue que me entró este ji ji ja ja jo que no se me quita, docto.

El psiquiatra, que tenía rasgos paranoicos, se proyectó en el paciente.

—¿Y usted siente algo así como que lo persigue una tortilla?

—No, qué va, docto, al contrario, si el problema es más bien al revés, yo estoy detrás de la tortilla, persiguiéndola, vaya, quiero decir que estoy preocupado porque desde que se nombró la comisión, usted sabe como son algunas comisiones, docto, que si nos reunimos mañana, que si no, que si déjalo para la semana que viene, bueno, el caso es que desde que se nombró la comisión, la tortilla desapareció de la merienda, je je.

## ¿ALGUIEN QUISIERA DECIR ALGO MÁS?

El compañero levantó la mano.

—Diga, compañero.

—Yo quisiera agregar, ahora que se está discutiendo al compañero Rolando, el querido Rolo como le decimos todos cariñosamente, yo quisiera decir que, en efecto, como aquí se ha planteado, el Rolo es un compañero modesto, un compañero callado, un compañero que siempre llega temprano, que no se mueve de su asiento, siempre ahí en su puesto de trabajo, un compañero que a veces ni se le siente, y yo quisiera decir algo del Rolo que él por modestia, porque seguro le da pena, por esas cosas que tiene el Rolo de lo buena gente que es, pues yo quisiera plantear aquí que a mí realmente me da pena a veces, porque, vaya, por mi madre, caballeros, es una cosa que le llega a uno al alma ver como a ese compañero se le cae la cabeza arriba del buró y como ese compañero lucha, hay que verlo, los esfuerzos que hace, como ese hombre lucha día a día contra el sueño, pero qué va, sobre todo, después de almuerzo, es una cosa que a mí me emociona vaya, ver al Rolo cabeceando arriba del buró y él ahí fajao con el sueño y dale que dale y ¡pum!, se le cae la cabeza y parece que de pronto se duerme, porque se queda así quietecito, como roncando un ratico, roncando y todo, caballeros, pero enseguida está otra vez el Rolo erguido con los ojos semicerrados y una voluntad de hierro, ¡fajao con el sueño!, y así pasan horas, horas, compañeros, y esto me lo pueden creer porque lo digo con el corazón en la mano, ha habido veces que han llegado las cinco y media de la tarde y he tenido que despertar al Rolo y decirle, dale, Rolo, que es hora de irnos y ese hombre con un amor propio



tremendo me ha dicho, no, no, déjame, que estoy entero, y bueno, estas cosas tal vez no se consideren como un mérito, pero, en definitiva, yo estoy hablando de una actitud ante el trabajo, ¿no?

## LA CROQUETA

Había sido de todo.

Ayudante de electricista,  
peón de albañilería,  
cortador de caña,  
plomero, ponchera,  
alimentador de estera en una cervecería,  
cargabates,  
soldador,  
parqueador de guaguas,  
vendedor de viandas,  
entongador,  
taxista.

De todo.

Tenía una abundantísima experiencia acumulada en los más disímiles trabajos y una disposición formidable para entrarle a cualquier cosa. Listo siempre. Sin titubeos ni boberías.

Por eso dijo que sí, que no faltaba más, cuando le preguntaron si quería hacerse cargo de un kiosco de croquetas. Bueno, dale, eso es tuyo, le dijeron.

Pero entonces se enfrentó a un problemita que no había tomado en consideración. Se enfrentó, de pronto, al problema de cómo hacer una croqueta, cosa que no había hecho nunca.

Primero, se quedó unos segundos con la mirada en blanco, igual que Kant cuando meditaba sobre la cosa en sí, reflexionando filosóficamente sobre la croqueta. Y por un momento pensó que sin experiencia alguna en el contexto culinario de la croqueta sería imposible acometer la tarea.

Entonces se le iluminó el cerebro. ¡La memoria, claro! Recurriría a la memoria. ¿Cuántas croquetas se habría comido desde la aparición, desarrollo, auge y estabilización de la croqueta?

Recordando que el fenómeno croquético había surgido en los primeros años de la década del 60, comenzó a reconstruir mentalmente una especie de retrospectiva de la croqueta, se vio a sí mismo degustando y masticando croquetas en los más diversos contextos.

Había comido croquetas, que recordara, en cafeterías y restaurantes, kioscos, comedores obreros, terminales de ómnibus, cortes de caña, bautizos, bodas, fiestas, montado en camiones, pedaleando en bicicleta, viajando en avión, caminando, corriendo detrás de una guagua, empujando un cochecito, subiendo escaleras, bajando en elevador, parado sobre un andamio, acostado, al anochecer, al despertarse, a media mañana, en almuerzos, meriendas, comidas y recepciones, en la playa, bajo un sol radiante, en tardes lluviosas y en medio de un ciclón.

En un lapso de unos diecisiete años, pensó, a un promedio, por lo bajito, de dos croquetas diarias, había deglutido y degustado unas 730 croquetas anuales, sin contar los años bisiestos, lo que haría un total en esos años de unas 12 410 croquetas. ¡12 410 croquetas! ¡Qué bárbaro! Las visualizó todas juntas, una al lado de la otra, una después de la otra, en fila india, y calculando que cada croqueta promediaba unos diez centímetros de largo, vio ante sí una larga longaniza de 124 100 centímetros, o sea, 1 241 metros de croquetas.

¡Se había comido un kilómetro y cuarto de croquetas! Era un experto. ¡Cómo no se iba a acordar del gusto peculiar, único, exclusivo, sui generis, de la croqueta!

Todo se reducía, entonces, a una cuestión sencilla: hacer un esfuerzo de memoria, de representarse mentalmente los diferentes componentes de la croqueta.

Así, dejándose llevar por los recuerdos, concentrándose profundamente como un yoga, quedó como un yogur en reposo,

inspirado en el budismo zen, en la contemplación absoluta, en el éxtasis místico que le permitiera conseguir la sabiduría, penetrar en los secretos de la intimidad de la croqueta.

Recordar. Recordar a qué sabía una croqueta.

Y se puso a trabajar. Lo primero que hizo fue cortar en tiritas cuatro hojas de papel gaceta, que separó en un platico. Luego batió dos yemas de huevo y cortó en trocitos un tallo de sogá de tendedera. Añadió una cucharadita de engrudo y espolvoreó con aserrín de pinotea. Derritió un cuarto de vela de las grandes y picó finito un cordón de botas cañeras. Lo mezcló todo bien y obtuvo una masa del color de la muralla de La Habana. Entonces, con cuidado —y casi se diría con amor en las manos— le dio forma a una croqueta, la cual envolvió en un pedazo de tela de mosquitero. Ralló un pan de jabón Batey, para empanizar la croqueta, y comenzó a freírla en la sartén, con la candela baja.

Esperó con ansiedad a que la croqueta se dorara lentamente. Y cuando, al fin, estuvo doradita, la sacó de la sartén y la escurrió.

Ya iba a morderla, cuando pensó, de pronto, que su opinión estaría parcializada.

Llamó a su mujer y le entregó la croqueta.

—Dime.

La mujer tomó la croqueta con la punta de los dedos, se la llevó a la boca y la mordió por la mitad. Comenzó a masticarla con lentitud, tragó, lo miró fijamente y dijo:

—Está bajita de sal.

## SOLICITUD DE PERSONAL

Inesperadamente, me encontré con Pepe Armenteros. Hacía cuatro o cinco años que no lo veía —desde principios del 59— y, claro, me pasó lo de siempre. Primero, la sorpresa: ¡Armenteros en Cuba! Y después, la duda: ¿Estará claro? No tuve tiempo de pensar mucho porque Pepe ya se me acercaba con la boca abierta y una ancha sonrisa en la mano:

—¡José María Iturbide! Iturbide... ¡y Rodríguez! ¡Siempre me acuerdo de tu segundo apellido!

—¿Y qué, Pepe?

—Pues aquí, aquí. ¿Y tú, qué?

—Aquí, aquí. ¿Y qué, te casaste?

—Sí, cómo no. ¿Y tú, qué?

—Yo también. Bueno, ¿y qué? ¿Qué haces ahora, Pepe? ¿Sigues vendiendo seguros de vida?

Lo dije con toda intención, sonriendo con malicia y picardía. Como la Mona Lisa.

Pepe no pareció asimilar la sutil ironía, porque me miró serio.

—No, Iturbide, ahora *no* estoy vendiendo seguros. En realidad, estoy de vacaciones. Pero ni así, ¿sabes? Entre el comité, ¿sabes? y además, la milicia. Soy miliciano, ¿sabes? ¿Y tú, qué?

Sonreí de nuevo, pensando en lo idiota que puede ser uno a veces. Ahora era él quien me cuestionaba. Hombre, después de todo, yo había sido socio del Comodoro Yacht Club e importador de jabón de tocador de baño. Para hacer burbujas. Ahora Pepe se había identificado políticamente y me había puesto en la precisa. «¿Y tú, qué?»

—¿Yo? ¡Patria o Muerte, mulato! ¿Qué pasa?

Pepe brilló como un anuncio lumínico. Por poco me abraza.

—¡Ya sabía yo, cará!

—Bueno, Pepe, pero por fin no me dijiste. ¿Qué haces? ¿Dónde estás?

—Ah, verdad, chico. Pues estoy en el INSINVESTICTIO.

—¿En el qué?

—INSINVESTICTIO, chico. Esas son las siglas. Tú sabes, para abreviar. Quiere decir Instituto de Investigaciones Ictiológicas.

—Ah, vaya. ¿Cómo es? ¿INVISTIC...?

—IN-SIN-VES-TIC-TIO. Es fácil, Iturbide.

—¿Fácil? Más fácil es el húngaro. Pero en fin... Bueno, ¿y qué? ¿Y qué me cuentas, Pepe?

—Pues na. Aquí. Y tú, Iturbide, ¿en qué andas metido?

—Yo estoy en la ECATROMPIN.

—Suen a laboratorio.

—No, es un consolidado. Empresa Consolidada de Artículos de Tocador y... no sé... nunca me he podido aprender el resto. Por cierto, Pepe, la verdad es que no estoy muy contento donde estoy. Me siento un poco oxidado... tú me conoces, tú sabes que a mí me gusta la agresividad, el dinamismo, agitarme. Tú sabes.

—¿Te gusta el mar?

—¿El mar?

—Sí, estamos necesitando gente.

—¡Pues ya estamos ahí, Pepe!

—¿De verdad, Iturbide?

—¡De verdad, mulato!

—Pues ni hablar. Ahora mismo me das los datos tuyos y hoy mismo te pedimos. Se hace una solicitud de personal... ¡y ya!

Le di los datos. Primer apellido, segundo apellido, nombre, edad, fecha de nacimiento, estudios cursados, color del cabello, color de los ojos, color de las orejas... todo.

—Pepe, ¿y tú crees que eso tarde mucho?

—Supongo que un par de semanas o algo así. Eso tiene su trámite, su curso normal, ¿no?

—Sí, claro.

—Dime, ¿qué día es hoy?

—¿Hoy? Junio 20 ó 21, no sé bien.

—Bueno, pues llámame de aquí a una semana para decirte cómo anda la cosa.

Nos despedimos. Estaba verdaderamente contento porque al fin iba a salir de la ECATROMPIN.

Dejé pasar algo más que la semana, para dar tiempo, y entonces llamé a Pepe.

—¿Pepe? ¡Dime algo!

—Iturbide, ya lo tuyo está caminando. Al otro día de hablar contigo enviamos el memo al vicedirector. Yo espero que, si no es para la semana que viene, será para alrededor del 15 de este mes que estarás trabajando aquí.

—Ojalá. Por cierto, Pepe, fíjate si estoy embullado, que me compré un libro que trata de la plataforma submarina de Cuba. Me estoy poniendo al quilo en la matraca ictiológica ésa. ¡Te voy a sorprender!

—Está bien eso, Iturbide. Okey, mi socio, yo te llamo tan pronto como tenga más noticias.

El 25 de julio todavía no tenía noticias de Pepe. Volví a llamarlo.

—Pepe, ¿cómo va eso?

—Eso va a millón, Iturbide. Mira, la solicitud ya fue aprobada por el vicedirector. Pero ahora hay una nueva disposición que todas las solicitudes tienen que ser aprobadas por el viceprimer director. Después, creo que bajan al departamento de Personal. Ya te dije que eso tenía su trámite, Iturbide.

—Sí, sí, comprendo. Pero ya pasó un mes y...

—No te desesperes, mi socio. Ah, ven acá, ¿tu apellido es con i latina las dos veces, no?



—Sí.

—Pues parece que hubo un pequeño error de mecanografía. La segunda i la pusieron con i griega. Se puede arreglar. Yo hago un memo...

—No, deja, si eso no tiene importancia.

Un mes después, exactamente un mes después, en agosto, me volvía a empatar con Pepe. Esta vez fue él quien llamó.

—¡Dime, Pepe, dime!

—Iturbide, la solicitud no bajaba del viceprimer director al departamento de Personal como yo creía, sino que del viceprimer director regresa al vicedirector y de ahí a Personal, ¿entiendes?

—Sí, ¿y entonces?

—No, nada, que eso va muy bien. Ya bajó del vicedirector y posiblemente mañana o pasado baje a Personal. Yo me estoy moviendo, me estoy agitando.

—¡Qué bueno!

—Por cierto, parece que estás fatal con lo de tu apellido.

Alguien se comió la B y ahora no se lee Iturbide, sino Ituryde. ¿Qué tú crees?

—Déjalo así, no te preocupes por eso. Lo importante es entrar a trabajar ahí.

Durante los tres meses siguientes hablé como unas diez veces con Pepe y ocurrieron cosas muy interesantes. La solicitud había bajado del vicedirector al departamento de Personal, donde sufrió un proceso de añejamiento que duró tres semanas. De ahí pasó al departamento de Finanzas, pues era necesario saber si había dinero suficiente —de acuerdo con la planificación— para absorber otro empleado. Finanzas aprobó en principio, pero siguiendo directivas trazadas en reunión de abril 16 (acuerdo III, inciso B), se vio en la necesidad de consultar con el departamento de

Planificación. Y allí, fue a dar la solicitud. Sin embargo, como Planificación se estaba reestructurando —aparentemente por un error de planificación—, pues hubo que esperar a la reestructuración y, como es natural, la solicitud se demoró más de lo debido. Felizmente, la combinación a la inversa, o sea, de Planificación a Finanzas a Personal, se pivotó con elegancia y precisión: dos semanas. Después de todo, los tres departamentos estaban en el mismo piso.

También pude enterarme de que en el transcurso de los mecanismos de organización, no sólo el apellido, sino también mi nombre habían sufrido ligeras modificaciones. Originalmente era José María Iturbide Rodríguez. Y ahora: Mario José Iturrial Rodríguez. (¡Ese RODRÍGUEZ era inconvencible!)

Lo importante, sin embargo, era que la solicitud ya estaba aprobada. Esto es, aprobada a nivel de INSINVESTICTIO. Ahora faltaba la otra parte: su envío y tramitación correspondiente en la ECATROMPIN, Organismo al que yo pertenecía. Pepe me explicó:

—Bueno, Iturbide, ya tú sabes. Ahora te toca agitarte a ti para que la solicitud se tramite lo más rápidamente posible.

—Ni te ocupes, Pepe. Estando la cosa en mis manos, eso lo resuelvo yo facilito. Ahí habrá tardado cinco meses, pero yo te aseguro que antes de un mes ya la tengo aprobada aquí en la ECATROMPIN. ¿Te quieres apostar algo?

—¡Va!

—¿Una botella de ron matarrata?

—¡Va!

La botella de ron me costó \$ 4,50. Le serví otro jaibol a Pepe y empecé a explicarle:

—Mira, la cosa fue así: resulta que la solicitud fue enviada del INVIRTESTICIO...

—INSINVESTICTIO, Iturbide, es fácil.

—Bien, pero no me interrumpas. Pues fue enviada del INVICTOTICIO ese al departamento de Personal de la ECATROMPIN, pero como yo no trabajo en las oficinas del Organismo central, sino en una unidad, pues hubo que mandar la solicitud al otro departamento de Personal.

—¿Al de tu unidad?

—No, Pepe, al departamento de Personal de la Unidad Administrativa, que comprende varias unidades, entre ellas, la mía.

—Anjá.

—Y entonces, de ahí, del departamento de Personal de la Unidad Administrativa H-11, se mandó, por fin, a Personal de mi unidad, que es la H-003, ¿comprendes?

—¿La H-003? Ah, la Unidad Administrativa esa, H-11, tiene diez unidades bajo su administración, ¿no?

—No, Pepe, tiene cuatro, pero eso no importa ahora. No divagues. Déjame seguir. El caso es que, en fin, fue necesario esperar más tiempo del que yo esperaba. Y no fue un mes, sino cuatro. Pero todavía un mes menos que en tu Organismo, ¿eh?

—Está bien, está bien, no es necesario el señalamiento. Bueno, pero ahora, ¿cuál es la situación?

—¿Ahora? Pues ahora me imagino que ya, que la cuestión será esperar al sencillo trámite de que la solicitud aprobada en mi unidad pase a tu Organismo, o sea, el INVIRTIRICIO ese —o como carajo se llame— y que de ahí me avisen. Y ya.

—¡INSINVESTICTIO, coño! Bueno, pues voy a estar al tanto, Iturbide. Ah, ¿y de los cambios de nombre, qué?

—Deja eso. Eso no tiene mayor importancia.

Tres meses después —exactamente un año y una semana desde aquel día en que me había encontrado con Pepe Armenteros — recibí la esperada llamada. Pepe al teléfono. Excitado.

—Iturbide, ¡arranca pa'cá! ¡Ya estás aprobado!

Pepe me condujo al departamento de Personal de su empresa, la IN... esa misma. Tardamos un poco en encontrar la puerta que era, pues siendo un departamento muy grande, tenía muchas puertas, y claro, todas decían lo mismo: PERSONAL. Felizmente, tenían un número distinto. Entramos en el 1067. Pepe me tomó por el brazo y se dirigió a un hombre de espejuelos, con cara muy seria.

—Agustín, ¡aquí está el hombre!

Agustín me miró despacito. De arriba abajo. De abajo arriba. Simplemente dijo:

—No puede ser.

—Agustín, ¿qué pasa? Este es el compañero que viene de la ECATROMPIN.

Agustín sonrió levemente. Se echó para atrás y dejó escapar una pequeña, casi imperceptible risita. Me dijo:

—Anjá, ¿así que usted es... María Josefa Rodríguez de Iturrial?

Me puse pálido. ¡María Josefa Rodríguez de Iturrial! No podía ser. Pensé en protestar, pero me contuve. ¿Y si había que comenzar todo de nuevo? No, eso no. Y lo importante era empezar a trabajar allí. Sólo que... ¿María Josefa? ¿Llamarme así... para siempre?

Bajé la cabeza, y sin mirar a Agustín, respondí muy bajito:

—Sí, compañero, mi nombre es María Josefa Rodríguez de Iturrial.

## ¡LLEGARON LAS DOCE!

Son las doce menos diez minutos. Es en Picota. En altos. Tercer piso. Escaleras estrechas, difíciles de subir. Naturalmente, la puerta está abierta. Tiene una chapa: *La Reforma Agraria Va*. Y una calcomanía: *Comandante en Jefe, Ordene*. La casa tiene dos habitaciones, cocina, sala-comedor, pasillo, baño intercalado y balcón. El núcleo es de cinco personas. Pero ahora en la sala hay once. En el balcón, seis. En un cuarto, cuatro. En el otro, tres. En el pasillo, siete. En la cocina, cuatro también. En el baño, uno. Y en la puerta, dos. Total: treintiocho. La casa está un poco llena. Y la gente chilla. Grita. Canta. Discute. Enamora. Come. Bebe. Y baila. Porque el radio está puesto. Y a todo lo que da. En un rincón suena una tumba. Y una cuchara repiquetea en el borde de un vaso.

Es treintiuno. Y medio barrio está metido en casa de Quico. El escándalo es estelar. Todo el mundo habla. A la vez. Y hablan de todo:

—¿China, me vas a dar un besito cuando lleguen las doce?

—Y entonces yo le dije al del Sindicato que sí, que iba a cortar caña, pero que me tenía que conseguir un par de botas.

—¿Cuatro reales? No se vuelva loco, compay. Ese será el precio oficial, pero ¿dónde te puedes tomar un láguer por cuarenta quilos? A ver, dime.

—¡El vino este está encendió! La verdad que estos búlgaros le meten al vino en las mismas costuras. ¿Es búlgaro el vino, no, asere?

—Y a todas astas, Pepito, que ha estado callado, le dice a la maestra...

—Vive, Arístides, vive el pasillo este... ¡Vayaa!

—¿Señorita? ¡Ay, hija! ¡Pero, Amparo, la verdad es que tú tienes una venda en los ojos!

—Papaíto estaba en el leifil y yo en el cénter, ¿no? Entonces meten la línea esta entre dos y...

—No, candela, no seas subjetivo. Mira, cuando se dan las condiciones...

—Oyeee, oyeee... tengooo una nooota del...

—Anda, china, anda, déjame darte un besito cuando lleguen las doce.

Falta poco. Ahora son las menos cinco. Y la cerva está por la libre. El carta blanca, que hace olas. Hay tamales también. Y un niño que llora debajo de una mesa. De la lámpara cuelga un adorno de Navidad, que debutó en las Pascuas del 57. En el balcón conversa una parejita. A nivel de romance. Y en el baño está Perico. A nivel de vomitera. La música sigue sabrosa. Es un guaguancó. Que se cuele por los pies. Y por las caderas.

—Baja eso, María, a ver si oímos qué hora es.

—Qué va, si es temprano todavía. Quico, ¿qué hora tú tienes?

—Mima, no me avergüences, tú sabes que tiré el reloj en veinte cocos pa pasar bien el treintiuno. Mira, pregúntale al gallego.

—Sebastián, ¿qué hora tiene usted?

—Pues, hombre, las doze y veinte.

—¿Las doce y veinte? Bota la bartavia esa, gallego. ¿Cómo van a ser las doce y veinte?

—¡Ya está! ¡Ya está! ¡Ya cogí Radio Reloj! ¡Caballeros, sio! ¡Cállense un momento, a ver si oímos la hora!

—*Sabía usted que los polietinúidos tienen costumbres parecidas a los musilánidos? Escucharon, por la orquesta de Glenn Miller...*

—¡Esa es Radio Enciclopedia, tolete! Busca el catorce, por el catorce.

—*Tic tac tic tac según esas fuentes, las fuerzas gubernamentales de Viet Nam del Sur tuvieron más de 500 bajas en*

*la batalla. Continuará en el próximo minuto. Tic tac tic tac ¡tiing tooong! Reloj Nacional, las once y cincuenti...*

—¡DÓNDE ESTÁ EL ABRIDOOOR!

—¡Sio, coño!

—¿Qué hora? ¿Qué hora dijo?

—No sé, no oí nada. Claro, con la gritería del borracho ese.

—Bueno, no deben ser las doce todavía. Coge, coge algo bueno ahí.

De nuevo la música. La tumbadora. La gritería. La sandunga. El chiste. La risa fuerte. La frase picante. El chisme de barrio. La anécdota. Y la discusión. A viva voz. Y el baile. El pasillo sabrosón, elegante. La bulla, la bulla alegre. El escándalo criollo. El molote pachanguero, musical. A nivel de treintiuno.

Y de pronto, el Himno Nacional.

—¡Las doce, las doce! ¡Llegaron las doce!

—...bayameses, que la Patria os contempla orgullosa...

—¡Un cubo, un cubo, Clotilde, busca un cubo de agua!

—¡Tíraselo a un burgués!

—Por aquí nunca ha habido burgueses, mijito, este es un barrio muy jodido.

—¡a las armas, valientes, corred!

—¡Viva Cuba Libre!

—¡Vivaaa!

—¡Una palangana, cualquier cosa, pero apúrate!

—¡Feliz Año Nuevo!

—Ahora, China, ahora, dame el beso ahora.

—No hay agua, tía.

—¡Me cago en la mierda! ¡Ni el treintaiuno de diciembre hay agua en esta puñetera Habana Vieja!

—Poonme otroo tragooo ahí que tengo una notaaa del cará...

—¡Felicidades!

—¡Pancho, Pancho! ¿Dónde está Pancho?, que lo quiero abrazar.

—¡Coge del refrigerador!



- No llores, vieja, no llores, que el momento es de alegría.
- Déjame darte otro, China.
- ¡Clotilde, hija, del inodoro entonces!
- ¡Otra vez, vamos a cantar el himno otra vez!
- ¡Que viva el sexto aniversario!
- Otro, China, otro, otro.
- Que viva yoooo...
- ¡Patria o Muerte!
- ¡Venceremos, coño!

## EL HOMBRE DEL TELÉFONO

La cosa empezó por un anuncio del periódico. Era uno de esos horribles y tediosos domingos —por la tarde— y como no tenía nada que hacer, me puse a leer los anuncios clasificados. De pronto, aquel me llamó la atención:

### INVESTIGACIONES SOCIOECONÓMICAS

Realizo toda clase de investigaciones socioeconómicas, sociohistóricas, psicosociales, etcétera. ¿Cuál era la producción de fritas en 1954? ¿Cuántos mensajeros de botica doblaban por Egido? ¿Qué tallas de botas necesitan los mineros de Matahambre? En fin, cualquier cosa. INVESTIGACIONES BALMASEDA. Arturo Balmaseda.  
Telf. 78-2472.

¡Qué casualidad, el hombre se llamaba igual que yo! Arturo Balmaseda. Pero, después de todo, Balmaseda no era un apellido tan raro y los Arturos venían dando guerra desde los caballeros de la Mesa Redonda a la fecha. Tomé nota del número y el lunes, a primera hora, llamé:

—Ooon... ooon...

Naturalmente, dio ocupado. Probé de nuevo:

—Rin... rin...

—Investigaciones Balmaseda, buenos días.

—Por favor, ¿está Arturo Balmaseda?

—Es el que habla, compañero.

—Bien, compañero, le hablan de aquí del departamento de Análisis y Comprobación de la Producción, Utilización, Estructuración y Reestructuración...

—¿Cómo? ¿Cómo?

—...del Ministerio de Industrias.

—Ah, vaya, es que esos nombres largos de ahora. Usted sabe, empresa consolidada de nosequé y nosequé para la nosequé y nosequé. ¡Me hago unos líos! Por ejemplo, ¿usted sabe lo que quiere decir ECATIVOLTI?

—Pues... no...

—Yo tampoco. ¿Está más allá, verdad? ¿Los nombres antes no eran más cortos?

—No sé... realmente... Pero, mire, el caso es... ¿Usted dice que realiza cualquier tipo de investigación, verdad?

—Sí, sí, efectivamente.

—Bien, entonces quizás usted pueda sernos útil. ¿Cuándo podríamos tener una entrevista?

—¿Entrevista? Mire, en realidad yo estoy muy ocupado ahora. ¿No podría decirme exactamente lo que desea averiguar sin necesidad de tener que ir yo? Usted me lo dice y yo, al instante, me pongo a trabajar.

—Bueno, necesitamos una investigación o más bien un estudio sobre el calzado. En otras palabras, todos los datos posibles sobre producción, materias primas, procedencia, estilos, modelos, distribución, en fin, un informe general sobre la producción y el mercado del calzado.

—Comprendo. ¿Y para cuándo lo quiere?

—No sé, es un trabajo complejo, ¿cuándo podría usted tenerlo?

—¿Le parece bien la semana que viene?

—¡La semana que viene! Bueno, sí... si usted cree que puede tenerlo para esa fecha, sería magnífico.

—Oká.

—Ah. ¿Y cuánto cobraría por el trabajo?

—No, mire, compañero, mi sistema de trabajo es hacerlo primero y después hablar sobre el precio. ¿Le parece bien?

—Perfecto. Ah, a propósito, da la casualidad que mi nombre es igual que el suyo: Arturo Balmaseda.

—Esas cosas pasan. Bueno, yo lo llamo, ¿oká?

—Oká.

—¡CLOK!

Después de colgar, sonreí con picardía. Para probar al hombre, le había pedido un informe ya realizado por el departamento nuestro. Un informe bastante detallado, por cierto, que había costado tiempo, entrevistas, reuniones, cartas, memorándums, solicitudes de transporte a la piquera, autorizaciones, modelos que hubo que llenar y el esfuerzo de varios compañeros del departamento. Tiempo, sobre todo. Creo que cuatro o cinco semanas. ¡Y él, un solo hombre, lo había prometido en una!

Miré la fecha en el almanaque del escritorio. Naturalmente, correspondía al viernes de la semana anterior. Me cagué dulcemente en la madre de la secretaria y arranqué las hojitas hasta poner el almanaque al día. Era el lunes 14 de octubre.

Exactamente a las cuatro y veinticinco minutos del lunes 21 de octubre sonó el teléfono. Contestó la secretaria:

—Departamento de Análisis, Verificación y Comprobación de la Producción, Estructuración, Reestructuración y Distribución. Diga.

Por la cara que puso la secre, la respuesta no había sido convencional.

—¡Qué gracioso! Es para usted.

—Oigo.

—Le habla Balmaseda. Ya tengo el informe.

—¿Lo tiene? ¿Y cuándo podemos verlo? ¿Podríamos reunirnos, digamos, el jueves?

—¿Reunirnos? ¿El jueves? Mire, no lo tome a mal, pero estamos a lunes y, por otra parte, yo evito las reuniones. Usted sabe cómo son algunas. Se toma el acuerdo de volverse a reunir y así,

imagínese. ¡Se pierde un tiempo! Y yo, realmente, soy un hombre ocupado.

—Entonces, ¿me lo puede enviar? Me hace un memo...

—¿Un memo? Me gustaría muchísimo complacerlo, pero un memorándum es algo que, francamente, está más allá de mis posibilidades. ¡El tiempo, compañero, el tiempo! Recuerde lo que dijo Marx acerca de que la productividad era ahorro de tiempo. Vamos a hacer una cosa: usted pone a su secretaria al teléfono y yo le dicto el informe.

¡Los garabaticos de la secretaria volaban sobre el papel! Estuvo tomando notas cerca de media hora. La curiosidad me mataba. Por fin, a las seis y cuarto, comencé a leerlo. ¡Era increíble! El número de reses sacrificadas, la cantidad de pieles y suelas, la producción de años anteriores, la importación de materia prima, los índices de consumo, la distribución, en fin, las cifras coincidían con las de nuestro informe. ¡Aquel tipo era un fenómeno!

Después fueron otros trabajos. El informe del pan, el de la distribución de jabón, el del consumo de refrescos en América Latina, el de los juguetes... Y cada informe, cada trabajo, fue presentado en tiempos verdaderamente sorprendentes. ¡Cómo resolvía aquel hombre! Ah, y siempre repetía la misma operación del primer informe: lo dictaba por teléfono.

¿Quién sería aquel misterioso personaje? ¿Qué magia poseía para lograr tanto trabajo en tan poco tiempo? Todas esas preguntas comenzaban a darme vueltas en la silla turca.

*El hombre del teléfono*, como jocosamente ya le llamábamos en el departamento, era un hombre que sería utilísimo en nuestro trabajo. Era preciso tenerlo en nuestro grupo. Y con esa idea en mente, me hice el firme propósito de atraerlo y captarlo para el departamento. Sabía que era una tarea difícil, pues ya, en varias ocasiones, le había tocado el tema y sus respuestas habían sido siempre evasivas. Se excusaba diciendo que no se encontraría bien en una oficina. Que si el papeleo; que las secretarias con novio; que los cuños; que las copias; que los empleados con alma de papel

carbón; que «firma aquí y aquí y espérate, espérate, que falta una copia»; que «no, esto está mal, la fecha está mal puesta, tráigalo de nuevo el próximo lunes»; que «pónmelo en un memorándum»; que, en otras palabras, que todas esas cosas lo intranquilizaban mucho.

Excusas, excusas. Pero yo no perdía la esperanza. Lo llamé varias veces, le hablé, traté de convencerlo. Empleé todo tipo de argumentos. Y nada. Balmaseda se mantenía firme. Inmutable. Inconmovible. Sin embargo, yo sabía que mi mejor oportunidad estaba en poder hablarle personalmente. Y como ya había fracasado en varios intentos de citarlo a mi oficina, decidí ir a verlo.

Me bajé de la máquina de alquiler. La dirección era 25 número 64, apartamento 901. Entré en el edificio, apreté el botón del elevador y se prendió la luz del pasillo. No me extrañó en absoluto. Por fin llegué a la puerta del 901. Abrió una señora con un perrito en los brazos y una sonrisa en la boca.

—¿Qué desea?

—¿Está Balmaseda?

—¿Balmaseda?

—Sí, Arturo Balmaseda. ¿Arturo Balmaseda no vive aquí? Investigaciones...

—No, usted está equivocado. Aquí vive la familia Carballo.

—¿Carballo? Pero es que... bueno, entonces, dígame una cosa: ¿cuál es el número de teléfono de este apartamento?

—¿Teléfono? No, aquí no hay teléfono. Es más, nunca ha habido.

No era posible. Balmaseda no podía haberme engañado. ¿Por qué habría de darme una dirección equivocada? Averigüé con el encargado. Efectivamente, ahí nunca había vivido ningún Balmaseda. Y menos, Arturo Balmaseda. ¡Qué raro estaba todo aquello!

Entonces se me iluminó el bombillo. ¡Yo tenía el número de teléfono! ¡Salí corriendo para la Empresa Telefónica!

Hice la cola frente a la ventanilla que tenía el letrerito de *Información*, pero cuando llegó mi turno resultó ser la de Pagos.

Razonando lógicamente, me puse en la cola de la ventanilla que decía *Pagos*. Error otra vez. Era la de *Quejas*. De nuevo hice mi cola, esta vez frente a *Quejas*, donde, efectivamente, me atendió la compañerita de Información. Le expliqué en detalle, con lo cual la confundí totalmente, pero así y todo, por la magia de la incomunicación, me envió acertadamente al departamento de Usuarios. Ahí, solícitamente, me rechazaron porque al pase le faltaba el cuño. Regresé a *Quejas*, o sea, Información y obtuve la visa para entrar en el territorio de Usuarios. Pensando que al hombre del teléfono no le hubiera sucedido todo aquello, me dirigí hacia el departamento de Usuarios.

El empleado encargado de la llavecita se la dio al responsable del archivo y este chequeó y rechequeó en todas las gavetas. Tamaños carta y legal. Carpeta por carpeta. Papel por papel. Y luego, con el fracaso y la pena en los ojos, me miró fijamente.

—No aparece ningún Arturo Balmaseda.

—¿Usted está seguro?

—¡Segurísimo!

—Pero es que no puede ser, no puede ser, Arturo Balmaseda, Balmaseda, Arturo, igual que yo, un hombre increíble, eficientísimo, un hombre que yo necesito, que necesitamos todos. Que se agita, que se mueve, que resuelve. Yo he hablado con él, he escuchado su voz. ¡Su voz, la voz de la eficiencia! Su voz, ¿usted me entiende? ¡No me diga que iba a ser sólo una voz! Por favor, busque ahí a quién pertenece el 78-2472.

De nuevo al archivo. Carpeta por carpeta. Papel por papel. Y esta vez la mirada fue de extrañeza. El empleado ladeó un poco la cabeza. Estaba algo perplejo.

—Ese número no existe. ¿Usted dijo «sólo una voz»?



## IMAGÍNA TE TÚ

Imagínate tú que ahora no estás leyendo esto. No. Imagínate que ahora estás en una cola de perros calientes en el Estadio Latinoamericano.

Estás ahí porque es domingo y es Juego de las Estrellas. Por eso estás ahí. En la cola.

Bueno, no. Espérate. Espérate un momento. Todavía no estás ahí. Primero llegaste al estadio. Temprano, para coger un buen puesto. Y lo cogiste. Detrás de jon, por la línea de primera. Te sentaste cómodo, te echaste para atrás y te pusiste a esperar a que empezara el juego.

Pero —y este *pero* es muy importante— de pronto, a eso de la una de la tarde te empezó a entrar hambre. Como desayunaste a las nueve, pues claro, ya a la una... Es lógico, ¿no?

Y entonces imagínate que ya a las dos menos cuarto —cuando las tripas te estaban haciendo así— una gorda beisbolera y dominical que estaba al lado tuyo, sacó de un nylon un pan con bisté. Y se puso a comerlo con el mismo gusto y el mismo sabroso embarrotiño de grasa con que Enrique VIII devoraba aquellos muslones de faisán.

Imagínate eso. Ahí, al lado tuyo. Y la boca haciéndosete agua.

Y para colmo, viene un fiñe subiendo las escaleras con un perro caliente en la boca. Y ya no puedes más. Y le preguntas que dónde se empató con el perro. Y te dice que allá abajo. Y le preguntas de nuevo que si hay mucha cola. Y te dice que no. Y entonces le dices a Enrique VIII que por favor te cuide el puesto que ahorita vienes.

Por eso es que ahora te tienes que imaginar que estás en la cola de perros calientes. Estás ahí. Cuentas la gente y miras la hora. No

hay problema. Cuarentipico gentes y las dos de la tarde. Hay tiempo. Porque un perro se despacha en nada. Despachar, cobrar y dar el vuelto. Eso es todo. Así que no hay problema. Debes salir en unos quince o veinte minutos.

Bueno, eso es lo que tú crees. Porque todavía no te has dado cuenta de un fenómeno. Al final de la cola hay tremendo molote.

¡Imagínate eso!

Unos tipos ahí que se están colando y la cola no avanza. Y entonces tú te empiezas a chivatear un poco. Pero no por eso los tipos se van. Siguen ahí colándose. Y tú no te atreves a meter la descarga y sacarlos de ahí porque eso es meterte en un lío. Y después, a lo mejor, hasta hay volá de Estación de Policía y todo. Y ni ves el juego ni nada. Y por eso te quedas reflexionando en la inacción más absoluta. En la pura teorización.

Y nada, no pasa nada. El molote sigue ahí y la cola no avanza.

Pero imagínate que entonces de la cola sale un tipo de esos decididos y va para allá. Y mete tremenda descarga y organiza la cola. Y tú admiras a ese tipo porque es el héroe que surge de la masa. Pero a la vez te sientes mal, porque eso es lo que Tú debiste haber hecho. Pero no lo hiciste. Por cucaracha.

Pero entonces imagínate que la cola sigue sin avanzar. Y te das cuenta por qué. Aaah... porque el despacho es muy lento. Hay tres muchachas que van despacito, despacito. Una le unta al pan un poquito, no mucho, de mostaza. La otra le pone el perro y lo envuelve. Y la otra despacha y cobra. Pero lento, muy lento. Despacio, con desgano. Como si tuvieran anemia. Y aquello no avanza y las muchachas siguen ahí en su onda suave. Melodiosa. A ritmo de vals. Y lo que es peor, en esa actitud desafiante de espérate-no-me-agites-que-ésto-es-poco-a-poco. Y sientes que te tiran a mondongo. Y empiezas a hervir. Y el hígado se te pone azul, la sangre se te hace burbujitas y los ojos se te inyectan. Y los dientes se te aprietan. Y bufas. Y gruñes. Y ruges.

Grrrr.

Y aquellas niñas como si nada. Siguen ahí en su ritmo-lento-suave-cadencioso. Y aquello no avanza y la gente empieza a protestar. Y tú te unes a la protesta y a los comentarios. Pero a la vez te pones en guardia por si alguien se aprovecha y mete el venenito. Y en definitiva, te sientes muy incómodo, molesto, malhumorado. Y aquello no avanza. Y ya se te está haciendo tarde. Y va a empezar el juego. Y tú ahora en el dilema. O el perro o el juego.

Y ya faltan cinco minutos. Y tienes tres en la cola delante de ti. Y es aquella tensión. Desesperante. Y ya queda un minuto para que empiece el juego. ¡Y por fin llegaste! ¡Ya te toca a ti! ¡Ya vas a empatarte con tu perro!

Pero entonces, imagínate tú que en ese momento —y te tenía que tocar a ti, claro, porque eres tan fatal como todo eso— la compañerita que te va a despachar sale del mostrador. Sin decir nada.

Se va. Punto. Tú no sabes si fue al baño. O a hablar por teléfono. O si la llamaron del círculo porque el niño tenía diarrea. Simplemente, se va.

Y tú te quedas ahí. Suspendido en el aire. Con la boca abierta. Y entonces le dices a la que envuelve el perro que por qué ella no despacha mientras viene la otra. Pero te dice que no. Que ella está ahí para envolver el perro y no para despachar. Así mismo. Con esas mismas palabras. Y la gente en la cola se indigna. Y vuelve a protestar. Y otra vez es el berrinche y el disgusto y el malestar. Y tú ahí. Con la boca abierta. Impotente. Avinagrado. Deprimido. Aplastado. Definitivamente derrotado.

Y entonces —ah, pero entonces— imagínate tú que en ese momento tan gris, surge de allá atrás otra muchacha con una sonrisa así de este tamaño, que viene hacia ti. Dispuesta. Llena de vida. Y diciendo que ella estaba allá en la cocina. Pero que lo primero es resolver. Y te sonrío otra vez. Y te dice que perdone, compañero. Que qué es lo que usted desea. Y tú la ves venir hacia ti. Y lo que ves es el sol. El arco iris. La acción. La iniciativa. La vida.

Ella te ilumina y te vas cambiando poco a poco. Te vas sintiendo mejor. Cheverón. Optimista. Y vuelves a creer en el Quijote. Y vuelves a creer en las infinitas posibilidades del hombre.

## AJEDREZ PARA MORFEO

El otro día tuve un sueño tremendo. Soñé que el torneo Capablanca In Memoriam se lo habían dado a organizar a Jesús Estrada.

Fue un sueño tremendo porque Jesús es un amigo mío que administra una cafetería en Luyanó y que tiene un sentido especial de la organización. Es una cosa increíble. Jesús es el respeto absoluto, medular, a las disposiciones administrativas. Tiene el cerebro meticulosamente ordenado en cuadritos, como un organigrama.

Para poner un ejemplo. En la cafetería de Jesús el café se despacha por un cachito de mostrador que da a la calle y que tiene escasamente un metro cuarenta centímetros de ancho. Y el resto del mostrador, como es lógico, se destina para que los consumidores puedan disfrutar, sentados, de los otros tipos de mercancía. Y esto es correcto. Porque el café se toma rápido, de pie, mientras que para comerse un bocadito, por ejemplo, se necesita estar cómodamente sentado. Además, eso es una directiva administrativa, una orientación, que le bajó a Jesús de la empresa. Y que él cumple con rigurosidad.

Pero claro, a veces sucede que como el café lo despachan tan sólo a ciertas horas, pues se forma tremendo molote frente al cachito de mostrador de un metro cuarenta, mientras que el resto del mostrador, a esas horas, está vacío. Pero Jesús no deja que la gente se distribuya a lo largo del mostrador vacío. Porque ese mostrador no es el del café. Y, sobre todo, porque se trata de una disposición administrativa. Y el molote se agranda. Y la gente grita. Pero Jesús no le hace mucho caso a eso y dice que el público es

muy malcriado. ¿Que qué quiere? Si el sólo está cumpliendo con una orientación.

Jesús es así. De esos compañeros con un sentido estricto, rígido, inmutable e inviolable de las disposiciones administrativas. Jesús es así. Un burócrata.

Por eso digo que el sueño fue tremendo. Jesús Estrada, nada menos que Jesús Estrada, organizando y responsabilizándose con el correcto funcionamiento de un torneo internacional de ajedrez.

Y vi que lo primero que hizo Jesús fue plantear un organigrama. No decía nada ni él mismo lo entendía, pero *había* que hacerlo. Por un principio administrativo. Después mandó hacer un inventario. Y claro está, con su almacén. Que mandó construir en los bajos del hotel Habana Libre, donde se celebraba el torneo. Y puso al frente a un responsable y a un auxiliar técnico C. Lo inventarió *todo*. Mesas, alfombras, ceniceros, sillas, cortinas, puertas, techos, pisos, relojes, pizarras, tableros, piezas... Sí, hasta las piezas. Cada una perfectamente clasificada y en su casilla correspondiente. Los peones aquí, los alfiles allá, las torres más allá... etcétera. Cada una en su casilla correspondiente... y con su tarjetica de control.

Además, creó las planillas de solicitud de materiales.

Seguí soñando que Jesús también ordenó la confección de carnés para la correcta identificación de todos los que tenían participación en el torneo. Hizo carnés para los árbitros, los periodistas, los dependientes, los que manejaban las pizarras y, sobre todo —sobre todo—, para los ajedrecistas. Yo veía que Jesús decía:

—Aquí, jugador que no se me identifique bien, jugador que no juega. Esto es un torneo serio y hay que garantizarle al público que cuando en la mesa el cartelito dice Fulano de Tal... el que está jugando ahí es Fulano de Tal *de verdad*.

El sueño era tremendo. Jesús siguió en la onda organizativa y el próximo paso fue establecer un método correcto para llevar el control de las jugadas. Y no sólo correcto, sino, además, sencillo. Cuando el ajedrecista hacía su jugada, inmediatamente una

mecanógrafa B, sentada al lado de él, la copiaba. Original y tres copias. Una para el jugador y dos para el árbitro, que se quedaba con una, firmaba la otra, le ponía los cuños de entrada y salida y la entregaba al otro jugador. Y así este se enteraba *oficialmente* de la jugada. El original se mandaba por correo al comisionado. Que siempre estaba en el salón, pero eso no importaba.

Vi de pronto, porque los sueños son así, que llegó el momento cumbre del torneo. El campeón del mundo y yo jugábamos la última partida. La que decidía. Yo tenía torre, alfil y caballo y mi contrario sólo dos peones. Lo tenía acorralado. El público se arremolinaba en torno a nosotros y se mantenía en profundo silencio. Expectante. Esperando en tensión el próximo movimiento. Los teletipos vibraban y por Radio Reloj se oía: *Tic tac Zumbado Tic tac Zumbado...*

Y en eso —porque los sueños son así y no los entiende nadie— la torre ¡paf! se me desapareció... y mi contrincante entró un peón en dama. Murmullo general.

El Gran Maestro, como es natural, pidió que le cambiaran el peón por una dama. Y ahí, justamente, empezó a sentirse en todo su rigor el exquisito sentido organizativo de Jesús Estrada. Porque ante la expectación general, en aquel preciso momento de tensión, surgió una planilla que una mano extendió al famoso ajedrecista. El papel decía:

### **SOLICITUD DE MATERIALES**

Nombre \_\_\_\_\_

Edad \_\_\_\_\_

¿Qué categoría tiene? (marque con una x)

Gran Maestro \_\_\_\_\_ Maestro Internacional \_\_\_\_\_

Experto \_\_\_\_\_ Experto de esquina \_\_\_\_\_ Sapo \_\_\_\_\_

Pieza que solicita (marque con una x)

Dama \_\_\_\_\_ Torre \_\_\_\_\_ Caballo \_\_\_\_\_ Alfil \_\_\_\_\_

Cantidad \_\_\_\_\_

Color \_\_\_\_\_

Tamaño \_\_\_\_\_

¿De qué material? \_\_\_\_\_  
¿Está contemplado en los planes? \_\_\_\_\_  
¿Es un extraplan? \_\_\_\_\_  
¿A qué organizaciones de masas pertenece?  
Firma \_\_\_\_\_

Había estupor en los rostros de todos. Pero Jesús Estrada se mantenía imperturbable. En fin, el Gran Maestro llenó la planilla y la devolvió. Inmediatamente le fue entregada a un compañero de uniforme color ajedrez, el cual salió raudo y veloz hacia el almacén. Llegó jadeante:

—¡Pronto, pronto, compañero, que están esperando urgentemente por esto!

El auxiliar técnico C del almacén la cogió y la miró con ojos escrutadores.

—Mmm... está correcta. Pero no te puedo entregar la dama, compañero. ¡Quéee va!

—¿Y cómo es eso?

—Porque ahora no se encuentra el responsable y quéee va...

El compañerito de uniforme color ajedrez dijo una mala palabra y salió corriendo raudo y veloz hacia el salón. Llegó jadeante.

—Mire; Estrada, dicen que no está el responsable del almacén y...

El público lanzó un gemido. Los periodistas se miraron. El Gran Maestro hundió la cabeza en el tablero. Yo abrí los ojos.

Jesús Estrada, sin inmutarse, cogió el teléfono y marcó la extensión del almacén y, naturalmente, le salió la piscina. Volvió a discar y habló con el responsable, que ya había llegado de merendar. Otra vez le dio la planilla al compañerito de uniforme color ajedrez, que llegó jadeante al almacén porque había salido raudo y veloz. El responsable miró la planilla con sumo cuidado.

—Mmmm... óyeme, pero aquí falta el cuño de la embajada. Sin eso, ni pensarlo, porque imagínate...



El compañero color jadeante de uniforme raudo y veloz cogió el elevador. Una vez más se presentó ante Jesús Estrada. Sin la dama, naturalmente.

El público se puso frenético. El Gran Maestro metió un piñazo en el tablero y dijo algo en eslavo. Los periodistas se llevaron las manos a la cabeza.

Jesús Estrada quedó pensativo. De pronto se le iluminó el rostro. Miró el reloj y con toda seriedad dijo:

—Bueno, compañeros, los tengo que dejar porque tengo una reunión.

En el sueño vi cómo Jesús Estrada dio la espalda y salió caminando despacito y vi entonces también cómo el público, indignado, se le abalanzaba. Jesús salió corriendo y la gente detrás... y Jesús corría y la gente detrás... y el precipicio... y ya lo iban a coger...

Y en eso me desperté.

## LA SUERTE DE GOYO

Gregorio García, más conocido por Goyo, era un tipo de suerte. Goyo era el único en el barrio que se había sacado la lotería. Era de esos tipos que, cuando jugaba cubilete, se amarraba a una K y siempre tiraba carabina. Tenía una suerte loca. Siempre se iba con plata del hipódromo y lo mismo cuando jugaba a los perros en el cinódromo. Y cuando Goyo se sentaba a la mesa de dominó, había que salir corriendo porque le metía una pollona a Sansón Melena.

Pero su suerte no se limitaba al juego. Goyo tenía pase para la guagua y un carné de policía judicial que se había encontrado en un té bailable del Casino Deportivo.

Goyo era así. Un tipo de suerte.

Y también un tipo osado. Goyo era capaz de cualquier cosa. De desarmar un motor de aviación o de buscar un número en la Guía Telefónica. Goyo era así. Osado. Y con una iniciativa, que ni Henry Ford.

Por otra parte, para más suerte todavía, Goyo tenía un tío que era representante a la Cámara y, naturalmente, disfrutaba de una botella en un ministerio. En Hacienda. Había que oírlo el día de cobro:

—¡Vayá! ¡Por la mano... y de jamón!

Así decía, orgulloso, enseñando el rollo de billetes a los amigos. Y siempre había uno del grupo que exclamaba: ¡Qué suerte tiene este Goyo, cará!

El Primero de Enero de 1959, Goyo —que además de tener suerte, siempre estaba en la viva— se montó en un camión con una bandera cubana y estuvo dando vivas a la Revolución por toda la calle San Lázaro.

Y después rompió nueve parquímetros. Su regreso a la casa fue triunfal:

—Mira, vieja, ¡cuántos níqueles!

—¡Oye, Goyo, cuántos níqueles! ¡Qué suerte tienes! Debías darle gracias a Dios.

Sin embargo, a pesar del Altísimo, Goyo perdió la botella en Hacienda.

Pero Gregorio García era un tipo de suerte.

Y un buen día, como al mes y pico de la Revolución, apareció retratado en la página 3 del periódico Prensa Libre. Decía el pie de la foto:

### **OCUPAN REVOLUCIONARIAMENTE TALLER BATISTIANO**

*En el día de ayer fue ocupado revolucionariamente en Guanabacoa un taller de voladores y otros efectos pirotécnicos que pertenecía al ex cabo de la Policía batistiana, Hermenegildo Romagosa. En la foto, de izquierda a derecha, Alberto González, Enrique Torres, Ignacio Soto y Gregorio García, Goyo en la clandestinidad.*

Nunca se supo cómo, pero, efectivamente, en el grupo de revolucionarios estaba Goyo, sonriendo y sujetando una bandera.

También, por razones que únicamente la simpatía y la suerte de Goyo pudieran explicar, Gregorio García se quedó como administrador del taller. Y entonces empezó a moverse, a establecer contactos, a tallar finamente. Rió, sonrió y estrechó manos, hasta que se hizo popular y casi casi respetado.

Al menos, logró establecer interesantes confusiones acerca de sus antecedentes como revolucionario. Porque ya no se sabía bien si Goyo había estado en la toma de Topes de Collantes, si había impreso bonos o si había organizado una invasión desde Miami. En lo que sí casi todo el mundo más o menos coincidía era en que el

compañero Goyo había hecho «algo importante» durante la insurrección contra la dictadura.

Sí; definitivamente, Goyo era un tipo de suerte.

Pero entonces vino lo de la nacionalización y, consecuentemente, se planteó el problema de legalizar el taller intervenido y administrado por Goyo. Problema que, a su vez, le planteó a Goyo un problema. Y de cierta delicadeza, porque Gregorio García, alias Goyo en la clandestinidad, tenía enmarañados unos ocho mil pesos.

Pero, definitivamente, Goyo era un tipo de suerte.

Porque como se necesitaba a un compañero de experiencia para nacionalizar aquel taller de fuegos artificiales, ¿pues quién mejor que el propio Goyo?

Por lo tanto, Gregorio García quedó ratificado en el cargo.

Sin embargo, algo más adelante, en noviembre del 61 — justamente unos meses después que se había declarado oficialmente que el proceso era a la altura de «¡proletarios del mundo, unios!»— ya Goyo no era administrador del taller.

Ahora estaba, increíblemente, en una seccional de comité, increíblemente, de orientador político, pero no tan increíblemente, porque Goyo, que tenía una gran visión de las cosas, había empezado a leer literatura marxista, con las dos manos, desde el mismo día de la nacionalización del Ten Cents.

Y claro, estaba, aparentemente, durísimo en la materia. Politzer era un juego de niños para él. Se sabía la *Economía Política* de Nikitín casi de memoria y citaba párrafos completos de la *Crítica del programa de Gotha*. En fin, Goyo, en dos años, al parecer, había elevado considerablemente su nivel político. Y a cualquiera le decía que era un subjetivo.

Así que en la seccional, Goyo era un triunfo. Y trabajaba intensamente: daba charlas y resumía asambleas; conseguía la música y la cerveza para los bailes; comparecía en la televisión, exhortando a concurrir a las concentraciones; y además, de vez en

cuando, ayudaba en la confección de organigramas y en la organización de los problemas de las libretas de abastecimiento.

La experiencia adquirida en este último frente llevó a Goyo a ocupar un cargo en el aparato distribuidor. Goyo se convirtió en una especie de asesor de mercado y flujo de transporte de una zona que iba desde Jesús del Monte hasta Mercaderes y tenía bajo su responsabilidad 123 bodegas, 15 minimax y 4 supermercados.

Y tenía también un concepto peculiar de la distribución equitativa socialista. Y un método infalible. Dividía las mercancías entre el número de manzanas de su zona, y ya.

—¿Cuántos pepinos tenemos en almacén, compañero?

—600 425.

—Anjá. Pues vamos a ver: 600 425 entre 420 manzanas, pues eso da... eso da... déjame ver... ¡ya está! 1 500 pepinos por manzana. ¡A cargar los camiones y a distribuir! ¡Pero en la viva! ¡En la viva!

Y allá iban los pepinos. Y, consecuentemente, de esa manera, le tocaron al Parque de la India MIL QUINIENTOS PEPINOS que fueron distribuidos, equitativamente, entre cuatro jubilados que charlaban en un banco, un vendedor de periódicos que pasaba por ahí y tres marineros noruegos que tomaban fotografías de la estatua.

El método de Goyo parece que le trajo problemas, porque a los seis meses de administración-Goyo, la zona que iba de Jesús del Monte hasta Mercaderes amenazaba convertirse en un verdadero problema político.

Y comenzaron las investigaciones. Y, claro está, la depuración de responsabilidades.

Goyo fue llamado a contar. Y Goyo habló y habló. Citó el *Manual de Economía Política*, mencionó las fuerzas productivas y las relaciones de producción; esbozó una tesis sobre la oferta y la demanda; habló de la transición, de las condiciones objetivas, del transporte, de las piezas de repuesto, del bloqueo; se refirió a la poca cooperación; habló de inmadurez política, de falta de

experiencia, de errores involuntarios, de exceso de tensiones, del Meprobamato y terminó, dramáticamente, jurando por su madre.

En realidad, Goyo fue llevado cómodo. Le dieron un chance. Le hicieron una fuerte crítica y le dijeron que se superara; que coordinara; que preparara condiciones.

Definitivamente. Gregorio García, Goyo en la clandestinidad, era un tipo de suerte.

Y salió del edificio pensando eso mismo. Sonriendo: «la verdad que soy un tipo de suerte». Iba tarareando una canción, contento, y sin darse cuenta se llevó la luz roja. Entonces fue que chocó con el camión de basura. Afortunadamente, sólo fue un tropezón con el guardafango, que apenas se abolló. Pero como Goyo iba a pie, el camión lo hizo mierda.

## MMM... ¡QUÉ CURIOSO!

El profesor Yeni K se colocó con cuidado los retinex de alta precisión. Examinó en forma meticulosa el objeto. Exhaló con satisfacción una bocanada de gas upmann —que apestó terriblemente— y murmuró:

—Mmm... ¡Qué curioso!

—¿Qué cosa, profesor?

Era la voz estridente y espacial de A Xere 16, el joven auxiliar del profesor Yeni K. A Xere 16 tenía solamente 86 años, pero a pesar de su corta edad, era un tipo brillante.

—Esta cosa, A Xere 17.

—16, profe, 16.

—Sí, perdón, A Xere, pero fíjate: ¿ves?

A Xere 16 se acercó lentamente a la cosa. Se quitó con cuidado los retinex de alta precisión —que nunca dejaban ver bien— y estudió la cosa por unos instantes.

—No me dice nada, profe. ¿Qué cosa es?

—No sé, A Xere, no sé. La trajeron del arqueolarium para que la investigáramos. ¿Se te ocurre algo?

—Hacerle las pruebas preliminares, profesor. Peso, dimensiones, composición...

—Sí, A Xere, no es mala idea.

Yeni K y A Xere 16 hicieron las pruebas preliminares al objeto. Peso: 327 microtons; dimensiones: 16 anchímetros por 7 larguímetros; forma: rasoide poliangular; composición: H<sub>2</sub>O 0,0 %, Bagasilex 5,2 %, Gofiol 7,0 %, Salicilato de Metilo 11,4 %, Tales de Mileto 2,0 %.

—Mmm... ¡Qué curioso!, el análisis preliminar no indica nada, A Xere.

—Nunca un análisis preliminar ha indicado nada, profesor.

—Bueno, entonces vamos a tratar de detectar a qué época pertenece este objeto tan raro. A Xere, ¿qué te parece si lo examinamos en el CRNOTOR y...

A Xere 16 no dejó terminar la frase al profesor Yeni K. Abrió desmesuradamente los retinex, se le erizaron las puntas de las antenas y dio un salto de terror de cuatro brinquímetros. Porque A Xere 16 sabía muy bien lo que había sucedido la última vez que el profesor Yeni K había utilizado el Cronotor. El planeta había estado a punto de estallar.

—Vamos, A Xere, no te preocupes. Esta vez tendremos más cuidado y no nos equivocaremos de protón. Mira, prepara el Cronotor para la prueba y, mientras tanto, alcánzame tres grageas de lupulol y, por favor, que estén bien frías.

—Profe, ¿no está usted abusando un poco del lupulol últimamente?

—Mira, A Xere, llevo más de 130 años tomando grageas de lupulol, claras y oscuras, y fíjate como estoy: entero. ¿O es que te vas a poner igual que mis siete mujerámatas, que se pasan la vida descargándome electrónicamente?

—No, profesor, pero es que el biomecánico le ha dicho...

—¿El biomecánico? ¿Qué sabe el biomecánico? Todos son iguales. Que deje las grageas de lupulol, que deje el gas upmann, que deje las mujerámatas y las querendómatas. ¿Hasta dónde me van a llevar? De ciencia sólo no se vive, mijo. Pero bueno, dejémosnos de tanta comunicación electrónica barata y vamos a ver qué nos dice el Cronotor sobre ese objeto.

La cosa fue investigada por el Cronotor, el complejo y altamente desarrollado aparato que, cuando funcionaba bien, era capaz de detectar la época en que había sido producido un objeto. Se encendieron las lucecillas magentas, vibró el rayo ultra-X, sonó la



tumbadora electrónica... y apareció el resultado en la pantalla. El profesor Yeni K la miró con detenimiento.

—¿Qué dice, profe?

—Mmm... ¡Qué curioso!, dice que va a llover.

Al parecer, el complejo y altamente desarrollado aparató había tenido un pequeño fallo. De nuevo Yeni K apretó las palancas. Se encendieron las lucecillas magentas vibró el rayo ultra-X, sonó la tumbadora electrónica y apareció el resultado en la pantalla.

—¿Qué dice ahora, profesor?

—Mmm... ¡Qué curioso!, el Cronotor señala que el objeto pertenece al siglo 19 o al siglo 20, es decir, hace unos 1 500 años.

—Bien, profe, ya tenemos una idea de la época, pero ¿para qué servía el objeto?

—Eso lo vamos a averiguar ahora.

Y diciendo eso, el profesor Yeni K se tomó, una tras otra, nueve grageas de lupulol bien frías, con lo cual levantó tremenda borrachera cósmica que lo dejó en estado de ingravidez.

Al día siguiente se encontraban de nuevo en el laboratorio espacial el profesor Yeni K y su joven octogenario auxiliar, A Xere 16, tratando de descifrar el misterio de aquella cosa que pesaba 327 microtons y tenía forma rasoide poliangular.

De pronto, a A Xere 16 se le encendió el bombillo ultrasónico que tenía conectado al tronco de la oreja y muy nerviosamente dijo:

—Profe, parece frag parece frag parece frag...

—Espérate, espérate, A Xere, que parece que tienes un cortocircuito. A ver, ¡ya está! Bien, ¿qué decías?

—Que el objeto parece fragmentado.

—Mmm... ¡Qué curioso! Pero ahora lo importante es saber a qué actividad de la sociedad de aquella época pertenecía el objeto. Veamos qué resultado arrojan los rayos del Uneácmetro.

Cuidadosamente, el profesor Yeni K introdujo el objeto desconocido en el depósito central del Uneácmetro —el complejo y

altamente desarrollado aparato que, de vez en cuando, se equivocaba— y enseguida brotó un haz de chispas bermellón.

—Mmm... ¡Qué curioso!, el objeto no está relacionado ni con la literatura ni el arte de aquella civilización. Debemos probar en otra esfera de la actividad social.

—¿La alimentación tal vez, profesor?

—Tal vez. Examinémoslo en el Croquétom.

El Croquétom —el complejo y altamente desarrollado aparato que a veces funcionaba— indicó que la cosa tampoco tenía que ver con la alimentación. Y de la misma manera fracasaron, una tras otra, las investigaciones en el Economat, el Filósografus, el Psicotor, el Politix y el Guachipex, lo que demostraba que el objeto no estaba vinculado a ninguna actividad fundamental del siglo 20. Ni a la economía, ni a la filosofía, ni a las ciencias políticas, ni a la psicología, ni a la guachipupa.

—Mmm... ¡Qué curioso!, nada, ni un dato, ni un indicio. ¿Qué será esta cosa? A Xere, tal vez el académico Soc Otroc pudiera ayudarnos.

—El académico Soc Otroc no está en el planeta, fue a Júpiter a ver a una tía.

—Llámallo por el telegaláxico.

—Sí, un momento. Bzzz... bzzz... bzzz. ¿Profe?

—¿Qué?

—Da ocupado.

—¿Ocupado? ¡Coño, pasan milenios y ese aparato no comunica! ¡Eh, un momento! ¡A Xere, tengo una idea! ¿La cosa no será?

—¿Qué, profe, qué?

—¡Sí, pronto! ¡Pronto! Vamos a analizarla en el Comunicatre.

—Profe, ¿qué le hace pensar que tenga que ver con la actividad erótica?

—Perdón, quise decir el *Comunicater*.

El objeto fue de inmediato analizado en el *Comunicater*, y el complejo y altamente desarrollado aparato del siglo 35 —que en

ocasiones servía para lo que había sido diseñado— comenzó en el acto a dar la señal intermitente.

—¿Ves, A Xere, ves? ¡La señal positiva! ¡Yo tenía razón!

—Sí, profe, la cosa evidentemente es...

—Eso mismo, A Xere, ¡un medio de comunicación! Un medio de comunicación utilizado por aquella sociedad. A Xere, ya estamos sobre la pista.

—Profe, pero ¿qué dirá?

—Eso lo sabremos con el Lingüímetro —tú sabes, el complejo y altamente desarrollado aparato de este siglo, que lo acaban de arreglar recientemente— y él nos dirá en qué idioma está el objeto y también nos lo traducirá.

Yeni K, visiblemente emocionado, se tomó una oblea, tamaño familiar, de lupulol y procedió a analizar el objeto en la cámara de decodificación del Lingüímetro.

—A Xere, el aparató indica que está en una especie de lengua castellana.

—¿Y qué dice, profe?

—Mmm... ¡Qué curioso!, no parece decir nada.

—¿Cómo *nada*?

—Quiero decir, hay palabras, sí, pero las palabras no parecen tener mucho sentido. Mmm... Qué civilización más curiosa era esa, A Xere, utilizaban medios de comunicación, pero muy enrevesadamente. Mmm... ¡Qué curioso!

—A ver, profe, a ver.

Y A Xere 16 tomó aquel objeto rasoide poliangular del siglo 20 y comenzó a leer en voz alta:

—«El compañero González interviene para explicar que se realizó de una manera objetiva el análisis de los insumos y del flujograma propuesto por la comisión, pero que con posterioridad se demostró que la racionalización se había efectuado subjetivamente y que, por esa razón, se había hecho necesario plantear el problema en una reunión a otro nivel. El compañero Rodríguez, responsable de la subsección, p.s.r., opina que eso no es dialéctico, pero que de

todas maneras acepta la crítica, siempre y cuando se evalúe de un modo correcto el hecho de que las cifras no bajaron en litros sino en sepetilitros lo que, al parecer, creó una confusión en la base y en algunos cuadros y que, además, la comunicación horizontal se efectuó deficientemente. El compañero Pérez se hace una autocrítica en el sentido de que el organigrama no contemplaba con toda claridad los parámetros y la adecuada jerarquización de las tareas y propone se nombre una comisión para estudiar el problema a fondo y se discuta en la plenaria. Se debate el punto y se toma el acuerdo número 17716: QUE SE NOMBRE UNA COMISIÓN PARA ESTUDIAR EL PROBLEMA A FONDO Y SE DISCUTA EN LA PLENARIA. Seguidamente interviene el compañero Fernández para hacer una amplia exposición sobre la segunda variante del plan, la circular C-45 y la nueva metodología a aplicar en los flujos de la Empresa Consolidada de Cordiales, Cremitas, Bebidas, Colas, Caficolas y otros Productos Embotellados, ya que, a su entender, solamente de esa manera podrán crearse las condiciones objetivas, puesto que la base determina la superestructura, para que la empresa mencionada, es decir, la ECOCOCREMCOCAFRIPRODEM establezca la adecuada coordinación con la PIMPAMPORT y la CACHUMBIMPEX.

»Y no habiendo otro asunto que tratar, se termina la reunión a las veintitrés horas de veintitantos de noviembre de mil novecientos sesentipico.

»¡Abajo el burocratismo!

»Filiberta Sandunga, secretaria de actas.»

## AUSTERICO Y ASEPTINA

(Escrito en colaboración con Mabel Ferreira)

—Vamos a ver, Héctor, vamos a ver si te cuento un cuento.

—¿Un cuento incoherente y flujoconciencial?

—Sí: un cuento inodoro, incoloro e insípido.

—¿Y cómo se llama el cuento?

—El cuento de Austerico y Aseptina.

—¿Y quién era Austerico?

—El que vivía en los altos. El que ponía el motor del agua. El de los dos perritos que sacaba a pasear su bienamada esposa Aseptina.

—¿Y cómo era Austerico?

—Él era organizado, hacendoso, ¡qué casita arregladita! Tenía un botón para abrir la puerta y otro para cerrarla, uno para despertarse y otro para dormirse, uno para comer y otro para hacer el amor y...

—¿Un botón para hacer el amor? ¿Cómo?

—Con las luces apagadas y la camiseta puesta.

—¿Y Aseptina?

—Aseptina usaba ropón, naturalmente.

—Naturalmente. ¿Y qué otras virtudes tenían Austerico y Aseptina?

—El gran orgullo de ellos era su sistema particular de telegrafía sin hilos, montado por ellos mismos y con cuatro manzanas de alcance. Este sistema, por supuesto, contaba con su serie correspondiente de botones: uno para oír, otro para tergiversar, otro para interpretar lo que se oía tergiversado y otro... para hablar. Vivían felices y, como se dice en las novelas, ninguna nube hubiera

empañado el horizonte de su felicidad si el destino no les hubiera deparado como vecina a Dolores Pisa Bello.

—¿Cómo fue?

—Yo sé decirte cómo fue: la mañana en que Dolores llegó, Aseptina se encontraba sacándole brillo a la pizarra. Lolita llegó con un piano, una cama, un librero, un televisor, dos líos de ropa (de contrabando, sospechó enseguida Aseptina) y unas cajas misteriosas. A los dos días de haber llegado, y gracias a la eficiencia de Aseptina y su botón decodificador, las cuatro manzanas conocían los siguientes datos (bueno, para facilitarte una mejor comprensión del funcionamiento del sistema telegigrafiado, te daré las dos versiones, la del botón de oír y la del decodificador):

*Versión oída*

- 1) 23 años, trigueña; ojos y pelo negro, 5'4", 120 lb.
- 2) Divorciada.
- 3) Estudia y trabaja.
- 4) Toca el piano.
- 5) Habla inglés y francés.

*Versión decodificada*

- 1) Es una sonsacadora, le encanta pintar fiesta, sobre todo, a los hombres mayores de 50.
- 2) ¡Ya tu sabes! La niña debe ser de anjá.
- 3) Callejera como ella sola, tiene la casa abandonada.
- 4) Es una escandalosa.
- 5) Eso es pa salir con extranjeros, hija.

—Cuéntame, cuéntame, ¿y entonces qué pasó?

—Pues que Aseptina comenzó a trazar su estrategia, a maquinar su plan y pronto se dio cuenta de que su fiel Austerico era la primera víctima de las artimañas de «esa mujer»: cada vez que pasaba frente a la casa los ojos le bizqueaban y se le alargaba el cuello hacia adelante de una manera más que sospechosa.

—Esa Pisa Bello era tremenda, ¿no?

—Anjá, pero un día, al fin, llegó la oportunidad de Aseptina. El momento esperado. El botón para oír le informó que en los altos

había una fiesta; el decodificador amplió: una orgía. No podía perder un minuto; tenía que cogerla con las manos en la masa. Subió las escaleras todo lo rápido que le permitía la suástica, perdón, la ciática. Y ya frente a la puerta del apartamento se le iluminó el rostro con la más deliciosamente hipócrita de sus sonrisas. «Serenidad, Aseptina, no puedes fallar.» La Pisa Bello en persona le abrió la puerta.

—Buenas noches, Aseptina, adelante.

—Este... buenas noches, Loly. No, yo venía nada más que a ver si tenías autorización del comité para dar la fiesta, porque tú sabes cómo es la gente, cualquiera viene y vaya...

—Pues claro, no faltaba más, si estamos celebrando el cumpleaños de Bartolo, nuestro presidente. ¿No quiere pasar y tomarse una cervecita?

—No, no, gracias, este... voy a ver un dulce que tengo en la candela. («Así que hasta Bartolo cayó; ¡viejo verde!»)

Aseptina bajó maldiciendo la ciática y el dichoso instante en que, con el apuro, se le olvidó dejar la puerta cerrada, pues le desaparecieron el reloj de cuco de la sala, que era el único en la casa que daba la hora. Pero la venganza es dulce. No podía perdonarle a «esa mujer» la altanería con que la había tratado.

—Cuéntame, cuéntame, ¿qué hizo Aseptina entonces?

—¿Aseptina? Aseptina montó una guardia permanente en la pizarra de control. Austerico le instaló una campanita que sonaba cada vez que uno de los botones conectado con el apartamento de la Pisa Bello comenzaba a funcionar. Aseptina se olvidaba hasta de sacar a los perritos. Pero todo llega. ¡Y de qué manera!

—¿Qué pasó?

—¿Que qué pasó? Pues imagínate que una noche, cuando Aseptina estaba a punto de irse a dormir, la campanita sonó. Se oía algo confuso, pero no, no se equivocaba, eran dos hombres que peleaban en el apartamento de «esa». Ahora sí lo oía claramente, se insultaban, se decían —¡horror!— malas palabras, se amenazaban de muerte. Ahora sí que no podía fallar. Buscó dos

testigos, sus vecinas Julieta Malos Espíritus y Cachita la'Iborotá, que le aconsejó llamar a la perseguidora. Para qué contarte lo que tuvo que correr Aseptina para llegar triunfal y a tiempo frente a la puerta de Dolores Pisa Bello. Sí, a tiempo para ver en el televisor de Dolores cómo Alberto Delgado, el hombre de Maisinicú, lanzaba el último de sus insultos a la cara de Cheíto León.



## MEMORÁNDUM

DE: H. ZUMBADO

A: E. BASOT, Director de Suministros Generales

ASUNTO: Pago de dibujante

Compañero:

Esta mañana, estando en el ministerio, se me ocurre ir a verte un momentico para averiguar en qué situación se encontraba el pago del compañero dibujante que nos pintó aquellos carteles para el acto del ministerio que se celebró, como tú sabes, hace dos semanas.

En fin, para hacerte el cuento corto, te relato a continuación los pormenores de mi gestión.

Entro en las oficinas del tercer piso. Empujo la puerta. Veo seis burós. Me dirijo al único que está ocupado. El compañero me mira. No me hace mucho caso. Sigue trabajando. En el crucigrama. Se le ve preocupado, parece que es una palabra difícil. Hago así con la garganta: ejemm... ejemm. Levanta los ojos. Me mira. Me mira bravo. No sé por qué. Si no le he hecho nada.

—¿Dígame?

—Mira, quisiera ver al compañero Basot.

—¿De parte?

—Dile que es de la Oficina de Productos.

—Sí, ¿pero de parte de quién?

—De Zumbado... Zumbado, de la Oficina de Productos...

—¿Rumbao?

—Sí, sí... Rumbao... Rumbao, de la Oficina de Productos...

—Bueno... ¿y para qué?

—¿Para qué?

—Sí, claro, ¿para qué desea verlo?

—Ah, bueno... el problema es que un dibujante nos pintó un letrero hace dos semanas y como el pago se iba a hacer por aquí... pues... vaya, simplemente quería averiguar si ya estaba el cheque listo. En fin, es una cosa sencilla. Es breve... es breve.

—Bueno, un momento.

Se levanta. Empuja una puerta. Desaparece. Sale al ratico.

—Mire, dice la jefa de despacho que el compañero Basot no lo puede atender ahora.

—Está bien, no hay problema. ¿Podría ver a la jefa de despacho?

Titubea. Es un momento difícil para él. Tiene que tomar una decisión. Él solo. Sin ayuda. Decide:

—Está bien, pase.

Entro. Me enfrento a la jefa de despacho.

—Compañera, mire, yo quisiera saber...

Y le explico el problema. No mueve un párpado. Es inmutable. Señala.

—Ve a ver a la compañera Irma en Contabilidad. Al fondo del pasillo, a la izquierda.

Voy a Contabilidad, al fondo del pasillo, a la izquierda. Entro. Es el baño. Salgo. Contabilidad es enfrente. Entro, pregunto. Alguien dice:

—Por allí... por allí...

Veo a la compañera Irma. Le explico el problema. La compañera se queda un momento en blanco. De pronto, se le ilumina el rostro.

—El que sabe de eso es Diosdado. Por allí...

Paso al departamento de al lado. Pregunto en voz alta:

—¿El compañero Diosdado?

De alguna parte sale una vocecita de mujer:

—¿Cuál Diosdado? Porque aquí hay dos Diosdado.

—¿Dos? No, no puede ser.

Doy la espalda y regreso a Irma. Asustado.

—Irma, dicen que hay dos Diosdado. ¿Es posible eso?

—Ah, sí, es verdad. Pregunta por Diosdado Garrido.

Voy de nuevo al departamento. Ya la gente me empieza a mirar y me siento un poco cortado. Pero me sobrepongo, me supero a mí mismo y grito:

—¡¡Diosdado Garrido!!

—De un buró se levanta una cara aterrorizada.

—Aquí. ¿¡Qué pasó!?

Le parto para arriba.

—Nada, compañero. Mira, el problema es...

Le explico. Diosdado busca en unos papeles. Hace así, para abajo y para arriba con la cabeza. Gesto de anjá. Después así así, para un lado y para otro con la cabeza. Gesto de negativo-compañero.

—Chico, la verdad es que no me aparece nada de eso por aquí. Llégate un momento a Pagaduría a ver si está el cheque ahí. ¿Cómo dijiste que se llamaba el dibujante?

Me dispongo a ir a Pagaduría, si es que la encuentro, pero entonces una compañera que está detrás de mí, dice:

—Espérate, espérate, voy a preguntar por el intercomunicador.

Aprieta el botón. Habla. Suelta el botón. Espera. No pasa nada. Repite la operación. Espera. Se oye clarito:

—Brrr... uuu... fuuu... brrr... bzzz.

La compañera se vira para mí:

—¿Oíste? Dicen que no tienen nada.

Me viro para Diosdado. Lo emplazo. Ahora sí tiene que resolver.

—Bueno, ¿y ahora?

Diosdado vuelve a registrar en los papeles.

—Pues, déjame ver... Oye, por cierto, ¿ese pago es contra el presupuesto de la Oficina de Productos o de la Dirección de Suministros Generales?

La saca de debajo de la tierra. Me coge fuera de base. Pongo cara de idiota. Vacilo. Mortal. Diosdado se da cuenta y toma la iniciativa.

—Ah, pues mira, eso sí es importante. Sin eso no hacemos nada. Vete a ver a la jefa de despacho. Ella sabe.

No queda más remedio. Tengo que ir otra vez a la jefa de despacho.

—Compañera, perdona que te vuelva a molestar, pero ¿tú sabes si el pago...?

—No, la verdad es que yo no sé de eso. Eso lo sabe Filiberto. Ve a ver a Filiberto en Contabilidad.

Cuando llego a Contabilidad, saludo a la gente. Paso por el lado de Diosdado Garrido, paso por el lado de Irma. Entro a ver a Filiberto. Le explico bien a Filiberto. En detalle. No entiende nada, pero hace anjá con la cabeza y dice con la boca:

—Anjá. Chico, vete a ver a Diosdado.

—¿Diosdado? Ya hablé con Diosdado.

—¿Diosdado qué?

—Diosdado Garrido.

—Ah, no, no. Pérez. Diosdado Pérez. Vete a ver a Diosdado Pérez.

—Aaahh.

Voy a ver a Diosdado Pérez. Diosdado Pérez trabaja a dos burós de Diosdado Garrido. Explico, una vez más, el problema. Gesticulo. Dramatizo. Emplazo. Imploro. Diosdado busca en el buró.

—Efectivamente, mira, aquí está el cheque. Te pusiste dichoso.

Sonrío. Casi brinco de gozo.

—¡Perfecto, tú! Entonces, ¿cuándo le digo al dibujante que venga a buscar el cheque?

—No, no, qué va, eso no es así tan fácil. Falta una firma. Que debía ser la de Carmona...

—¿Y dónde está Carmona?

Diosdado Pérez sonrío. Mira a Diosdado Garrido. Diosdado le sonrío con malicia a Diosdado.

—Oye para eso, Diosdado. Dice ¿qué dónde está Carmona?

—¿Carmona? A Carmona se lo llevaron en la golilla. Sancionado un mes, mulato. Por equivocarse ahí en un pago que aprobó... vaya, tú sabes cómo es eso.

Quedo petrificado.

—Bueno, ¿y ahora qué hago?

—Nada, chico, fácil. Hazle un memo a Basot.

—Está bien, le haré un memo a Basot.

Y salgo de Contabilidad. Cabizbajo.

Sin más, quedo de ti, cabizbajamente...

## EL ERROR

—Asere, cierra el billar, que piramo.

—¿Pa dónde?

—Pal Norte, asere, ¿qué te pasa? No vite como e la volá? Volá de Camarioca, monina.

—¿Camarioca?

—Sí, Papo, Camarioca. ¿Pero tú no etá pillando como e la moña? Jamón, te digo que e jamón.

—Sí, pero eso e si te reclaman. Vaya, volá de pariente. La pura, un chama, la jeba, ¿alguien, no? Alguien que te mande a pedir. ¿Pero nosotros, qué? ¿Qué familiar tú tiene? ¿A ver, dime? ¿A ver, a ver, a ver?

—Suave, asere, etese quieto, que uté no sabe na. La evolución que tengo e la pefeta. Mira, la volá e con un bote, ¿te da cuenta? Conseguimo un bote y entonse tú o yo —da igua— ¡yo mimo, vaya! Salgo de cualquier lugar de aqui de la'bana, la Concha, el antiguo habana yaclú, de donde sea, e iguá, y entonse arranco po la cota hata Camarioca, ¿te da cuenta? Llego allí y te reclamo. Te vine a bucar, ¿te la lleva ahora?

—¡Mulato, ere la Meca! ¡La partite! ¡Te la devorate, vaya!

—¿Yo no le he dicho a uté que confíe siempre en su papá? ¡Vaya, eso mimo! ¿Qué te parece? Desimo que yo soy el puro tuyo y que te vine a reclamá.

—Pero e que tenemo ma o meno la mima edá.

—Bueno, tu bróder entonse, vaya. No vamo a desir que tú ere el coime del billar, ¿no?

—Y ven acá, Papitín, ¿y el bote? ¿De dónde lo sacamo?

—¿El bote? ¡Coñóo! ¡Ahora sí que me la pusite en Vienán! ¿El bote? Chico, ¡pue el bote lo hasemo! ¡Ya etá!

—¡Con la mesa del billar! ¿Qué te pasa?

*NOTA CIENTÍFICA NÚM. 1: Para hacer una embarcación de nueve pies de eslora por cuatro pies de manga y once pies de quilla, teniendo como materia prima fundamental mesas de billar, que miden siete pies de largo por tres y medio de ancho por cuatro de alto, con un volumen total de quince pies cúbicos, se necesitan aproximadamente...*

—Asere, ¡no quedó na de la tre mesa! ¡Mira pa eso! ¡Mira cómo ha quedao esa mesa de carambola!

—Sí, Papo, pero fíjate qué clase de bote tenemo.

—No, no, la berdá que etá consiente. ¿Y qué me dise de la vela verdecita esa? La idea de hacer la vela con el tapete fue un piñazo. ¡Mira pa eso! ¡Qué cosa má linda, mulato!

—Etá butí.

—Oye, buitire, lo malo e que la tronera quedó por allá'bajo por la quilla. El hueco ese... ¿tú no cre que haga mucha agua el bote?

—¿Qué pasa? ¿Le va a entrar a uté frío a la hora buena? Eso no e na, Papitín, volá de jarrito pa'chicar, ¿te da cuenta?

—Oye, ven acá, ¿y cómo le ponemo al bote?

—¡«Chicago»!

—El nombre etá corretísimo.

—Bueno, pue entonse le metemo mano ya.

—Hoy mimo. Yo arranco hoy mimo pa Camarioca ¡y tú me'pera allá!

*NOTA CIENTÍFICA NÚM. 2. Una embarcación de nueve pies de eslora por cuatro pies de manga, impulsada a remo con una tronera en la quilla, que salga de Marianao a las cuatro antemeridiano, con un viento en*

*contra de catorce kilómetros por hora, con destino a Camarioca, tardará alrededor de...*

—¡Papitín, cómo te tardate! Llevo como un me metío aquí.

—No sea exagerao, que son diecisiete día na ma. Tú no sabe lo que e halar un remo dede el yaclú... Bueno, ¿y qué? ¿Too ta bien? ¿Hay moña?

—No, no, qué va. Too ta al quilo.

—Entonse, ¿cuándo piramo?

—Mañana mimito.

—¡Suávana! Ah, oye, por cierto, viniendo pa'cá se me rompió un remo y lo tuve que arreglar y ahora etá un poco ma corto que el otro y no sé si haiga problema.

—Ah, ¿pero ahora e uté el que se me etá tanguendo? ¡Qué problema ni qué problema va'aver, asere! ¡Mañana mimo piramo, que uté e el que ma dise!

*NOTA CIENTÍFICA NÚM. 3. Una embarcación de nueve pies de eslora por cuatro pies de manga, que zarpe de Camarioca con rumbo directo a Key West, a siete nudos por hora, con un remo tres pulgadas más corto que el otro, sufrirá una desviación de cuatro grados cada treintisiete minutos y describirá una parábola hacia el este, con excelentes probabilidades matemáticas de alejarse considerablemente de su...*

—Papitín, ¿tú no cre que no'etemo deviendo un poco?

—Qué va, asere, déjeme a mí. Ya falta poco. Orita, orita llegamo a Ki Ue.

—¿Llegamo? Etamo rema que rema y na. No pasa na.

—¿No pasa na? ¿Y aquello qué e?

—¡Ñoo! ¡Tierra! ¡Y mira, mira, hay un tipo! ¡Grítale, grítale, Papo, que tú jama inglés!

—¡Jey, míster, míster! ¡Jey, yénica! ¡Ui quiuban pirando del castrocomunismen!



—¡Mira, ta haciendo seña! ¡Y ta disiendo algo...!

—*Welcome!*

—¡Oíte, oíte! ¡Rema, rema rápido! ¡Mira qué lindo el yanquirule!

Ya se ve cerquita, ¡grítale, dile algo en in...

—¡Ñoo! ¡Qué escache! Pero si e un mili...

—*Welcome! Welcome to Cuba Socialista!*

## INVOLUCIÓN

era linda, simpática y gordita, era llena de grasa como el avemaría, pero entre sus peros principales estaba el de un pasado frivolo-proteico, todo lleno de perfumes y de música de alas y de pechugas de pavo, densaladas de pollo del tencén, heladostostados del Carmelo y tartaletasdefresa de Silvain,

era de la generación de la warner brothers, la década del 40, y había descubierto el sexo opuesto en el turf club, bañado en oscuros daiquirís, envuelto en la voz de natkingcole, servido por discretos, elegantes y libidinosos dependientes,

había leído a fondo, *el matrimonio perfecto* de van de velde, *mujercitas* de louise may alcott y una novelita de título subido, regalo de un estudiante primerexpediente del colegio de belén,

lamentaba la decapitación de mariantonieta y el exilio de la princesa anastasia, jugaba un excelente bridge y tenía una pésima ortografía en inglés a pesar de los años invertidos en las dominicas americanas,

con este aval, asentada sobre este andamiaje historicoformativo cuya estructura parecía descansar sobre sólidas patas de raquetas de tennis y de banquetas de bar, fue sorprendida por los fuertes nuevosvientos arrasantes que empezaron a soplar a principios de la década del 60,

pero amaba las palmas y el malecón habanero, los draivins y el cocoglacé, el morro y el kastillito de varadero, las guayaberas con lacito y las ferias ganaderas, *los zapaticos de rosa*, los plátanos a puñetazos, la guinda del tom collins y la otra *guinda* del maestro delfín, los shows de tropicana, el patriotismo de don tomás y la sabiduría del viejo cosme,

y decidió afrontar el nuevo entorno sociohistóricopolítico desde el timón de su bellorrojococacola emegé deportivo, empresa nada fácil, sobre todo, desde que comenzaron a escasear alarmantemente las piezas de repuesto,

y tuvo entonces, ya de adulta, que chocar muy de cerca y muy de dentro con el mundo desconcertantemente alucinante del transporte urbano,

donde el espacio proxémico, sencillamente, desaparece y las gentes se aplastan y se atropellan y de matarse tratan,

pero se agolpan unas con otras y por eso no se matan,

y se mezclan en una sola sombra larga,  
una sola,

una sola masa amorfa junta pero sí revuelta,

y los pies se montan sobre los pies

y los senos de las damas se deslizan

involuntariamente

dentro de los bolsillos de los caballeros

y los codos se abrazan y se besan y entrelazan

con olores que se cruzan y entrecruzan

y se espesan y se oyen y se palpan,

en el mundo apretado,

desconcertantemente alucinante,

eroticotrasladante

de la guagua,

monstruo freudiano sobré ruedas que, no obstante, era cosa trivial, intrascendente, al lado de otras mucho más profundas y tajantes, como etoeparejo patolmundo, quiené elúrtimo y quéstandando,

las colas la sacaban de quicio y carecía totalmente de los fundamentos básicos, rudimentarios, psicosomáticos, para establecer adecuada comunicación con el contexto misterioso de las

colas, sus mecanismos ocultos, metalingüísticos, parapsicológicos y paramatemáticos,

como el misterio insondable de la reencarnación en el espíritu del número,

soy el uno,  
o el don de la ubicuidad,  
aquí soy el nueve y estoy enfrente con el cinco,  
o la mágica presencia no presente,  
aquí conmigo hay tres más,  
o la predicción exacta, intuitiva, del futuro,  
me dice el corazón que están al dar otra vuelta de  
Vitanova,

y se sentía alienada, aplastada totalmente por el medio, al extremo de que llegó a achicar una pulgada de estatura y los senos se le achataron un poco por los bordes,

comenzó a retrotraerse en el tiempo, a desenrollarse en una espiral de nítidos recuerdos, tan claros y reales que se concretaban en presente, en cuerpo y forma, en el vestido por ejemplo, tornándosele en lindos óvalos, surgiéndole un ampuloso lazo en la cadera, y manguitas aglobadas en los brazos y abundantes bucles rubios en el pelo, coronado por otro enorme lazo de bellos óvalos también, en tafetán, convirtiéndose así en una rara, interesante, enervante y cronológicamente contrastante shirley temple,

cosa que no llamaba tanto la atención como su desenvoltura y desenfado al caminar, igual que bette davis, pero hacia atrás, de espaldas, yéndose en *fade* hacia el primer rollo, *fadittg away* como los viejos generales, y hablando en forma peculiar, hilvanando, los vocablos al revés, en perfecta sintaxis retrospectiva, en un incesante fluir de fonéticos *flashbacks*,

y nunca se supo exactamente dónde ni exactamente cuándo, si en una ruta 32 de regreso de la playa un domingo de verano o en un abrazo prolongado en algún rinconcito del turf club,

pero el caso es que salió en estado,  
y la barriga le empezó a crecer, de forma natural y mes tras mes,  
lentamente y poco a poco, hinchándosele paulatinamente,  
inflándosele elásticamente como un *bubble gum* de míster adams,  
agrandándosele con el tiempo, mes tras mes hasta el noveno mes,

y entonces, para asombro de doctores y estudiantes,  
y de vecinas colindantes,  
comenzó a desinflarse sutilmente,  
genéticamente a la inversa,  
en desembarazamiento involutivo, poco a poco y mes  
tras mes,  
hasta otro noveno mes,  
en que dio a luz (ya sin barriga),  
un pequeñín preservativo opalescente,  
presumiblemente del turf club.

## CHEO EL CHISTOSO

¡Mira que Cheo era chistoso! ¡Las cosas que tenía, cará! Siempre haciendo bromas, siempre de jarana.

¡Mira que Cheo era chistoso! Hombre, yo me acuerdo que en el barrio cada vez que pasaba aquella viejita por delante de Cheo —tú sabes, Cheo estaba sentado en el quicio de su casa—, bueno, cada vez que pasaba la viejita, Cheo le ponía una zancadilla y la viejita, invariablemente, se caía e invariablemente le mentaba la madre a Cheo, ¡y ese Cheo se reía que había que verlo! ¡Cómo gozaba! Y la viejita regada por el suelo y Cheo riéndose a más no poder. ¡Qué jodedor!

¡Mira que ese Cheo tenía cada cosas! ¿Y con los fiñes? Los fiñes jugando a las bolas y de pronto llegaba Cheo corriendo y les gritaba ¡MANIGÜITI! y les llevaba las bolas y los fiñes detrás de él corriendo desesperadamente. Bueno, hasta había fiñes que lloraban y todo.

¡Mira que Cheo era chistoso! Siempre bromeando y burlándose de la gente. ¡Cuando la cogía con Adolfo —el pobre, un muchacho que parece le había dado la meningitis cuando chiquito—, Avemaría, las cosas que le hacía! Como aquella vez que lo mandó a la botica a comprar un real de acústica. ¡Mira que ese Cheo era!

Ah, y la vez que le dijo a Antonio —tú sabes, Antonio era un tipo muy celoso—, pues ese Cheo va un día a la fábrica donde trabajaba Antonio y le dice muy serio que en su casa se había colado un hombre y ¡óigame, ese Antonio ha salido como un enloquecido para allá y llegó a la casa y abrió la puerta y, efectivamente, ahí había un hombre! ¡Y ese Antonio le ha ido pa'riba al tipo y le ha entrado a piñazos y, de paso, la pobre Fefa cogió su par de gaznates

también. Y, nada, mentira, el hombre sí estaba ahí, pero era un fumigador. Bueno, ¡ese Cheo tenía cada cosas que te matabas de la risa!

Hombre, yo me acuerdo que no había vez que tú estuvieras parado en la esquina conversando con alguien y llegaba Cheo y te halaba la camisa y te la sacaba del pantalón. Ese era el chiste favorito de él y entonces se reía, y tú no te podías chivatear porque entonces era peor porque empezaba a boncharte y a meterse con tu hermana o con la vieja tuya. ¡Bueno, yo te digo que ese Cheo era simpático!

Y ahora que digo mi hermana, un día le hizo una broma, cará. Bueno, resulta que un día la llama por teléfono —fingiendo la voz, claro— y le dice que era de la Estación de Policía y que Miguel Angel estaba preso por carterista. Imagínate, Miguel Ángel es el novio de mi hermana, un muchacho de lo más buena gente. En fin, el caso es que a mi hermana le dieron vómitos y todo. Cheo era así, bromista como él solo.

Pero la buena, la mejor de todas fue la que le hizo a Fico. Figúrate que Fico era un muchacho muy nervioso, creo, incluso, que una vez había estado enfermo de los nervios o algo así, aunque ya se había curado, pero tú sabes, siempre le quedó su poco de nerviosismo, ¿no?, y, bueno, resulta que un día Fico estaba de guardia en los primeros años de la Revolución, allá en su centro de trabajo, que estaba por Ayestarán —oscuro como la boca de un lobo—, y resulta que como a eso de las tres de la mañana se le aparece Cheo con un sombrero y una capa de esas que usan los gánsters en las películas y un palo de escoba.

Y le sale Cheo en la oscuridad, apuntándole con el palo de escoba y le grita ¡MANOS ARRIBA!

Bueno, ¡imagínate tú! ¡Ese Cheo era una clase de jodedor! Lástima que en el sobresalto, Fico apretara el gatillo. ¡Con la puntería que tenía ese cabrón!

## EL LOBO DE BAR

El Lobo de Bar tenía los ojos de color carta oro y una sonrisa traviesa y azucarada, que inspiraba en las mujeres sentimientos varios.

La piel, morena clara, que en una etapa anterior le había permitido pasar fácilmente por ario antillano (buen pelo además, tenía el Lobo), era la resultante étnica de siglos de cruces de andaluces con mandingas, mandingandaluces con culíes cantoneses increíblemente de Manila, canarios con lucumíes, francohaitianos con gallegoscongos y asturianos de pura cepa bantú.

Era eso, el gran potaje autóctono, el ajiaco en sí, la suma historicogenética, eroticorrítmica y timbálica con resonancias de danza, danzón y contradanza, fufú de plátano y chachachá, todo en la piel y bajo la bóveda craneana.

El Lobo era musical, con rasgos quijotescos de tonalidades abakuá, tenía ritmo y tumbao en la mirada, era gesticulante y sonoro, hablaba alto y bonito, y la chispa, para la frase fácil, le brotaba pronto, y los ojillos color carta oro se le iluminaban de malicia cuando lograba una buena, bien buena y bien mejor todavía si era bien bien de doble sentido.

Le gustaba, entre otras cosas, el café con leche bien caliente, sin nata, por supuesto, porque le daba asquito y hacía ¡aj!, arrugando la nariz, cuando encontraba una nata flotando en la quemante taza, a la cual, y como es lógico, le encantaba echarle toneladas de azúcar, revolver y enchumbar sabrosamente el pan con mantequilla, y claro, antes del café con leche, al levantarse, una tacita de café y un cigarro.



Y le gustaba también el picadillo y el tamal en cazuela, los plátanos a puñetazos y el congrí, la sopita de sustancia y el bisté de palomilla con cebollas picaditas y perejil y los frijoles negros —¡qué cosa más grande, caballeros!—, y el lechón asado con yuca señorita y mojito por arriba y la cerveza bien fría con hielo por fuera y las frituras de bacalao y los bollitos de carita y los chicharrones de viento y las chicharritas y las mariquitas, y le encantaba, le encantaba realmente cantar eso que decía:

*chicharriitas  
chicharrones  
mariquiitas  
¡papitas fritas!*

Le encantaba la poesía, lo transportaba:

*pasarás por mi vida sin saber que pasaste  
rufina  
cuando la luna declina debajo de los mameyes  
oh, dadme, dadme la lira  
que siento un bombo  
mamita  
que me están llamando  
a despedir el duelo  
del que en vida  
fue papá montero*

¡Cómo gozaba cantando y bailando eso!

*a llorar a papá montero  
zumba  
canalla rumbero*

Bailaba rico, con soltura y desenfadado, elegante, insinuoso, sensorrítmico, envolvente, sobre todo, el son,

*suavecito, suavecito,  
suavecito, mami,  
que me gusta a mí.*

llevando a la compañera en un paso suave y ondulante, atrayéndola y soltándola, deslizando un pie, moviendo hombros y cintura, haciéndola girar bajo el brazo extendido, acercándola de nuevo y hablándole al oído y llegando a la locura total de lo más sublime para el alma divertir, a la emoción máxima, si tocaban algo de letra verdaderamente insinuante, evocadora, de fina sensibilidad, poética y sutil, como por ejemplo:

*¡qué manera de gustarme  
tu cosita, mami,  
ay,  
tu cosita, mami!*

Bailaba en el baile, en la pista, en el salón, en una esquina del salón, en cualquier parte, en la parada de la guagua, en la guagua, al bajarse de la guagua, se movía a ritmo, esperando un taxi, en una cola, marcando con el pie y moviendo la cintura y los hombros bonito y sabroso y entrando en un elevador o saliendo de él, bailaba siempre o lo parecía y en especial bajo la ducha caliente de verano e hirviente en el invierno subtropical de 24 grados a la sombra, y el jabón oloroso y luego la toalla sobre el cuerpo y el talco, toneladas de talco como si fuera azúcar en el café con leche.

La mota llena de talco en el cuello, en la oreja, en el pecho, en la barriga; en allá y en aquí y detrás de las rodillas y a los lados del tobillo y en los pies y en las medias y en los zapatos, talco, mucho talco y entonces desodorante, mucho desodorante en las axilas y peinarse cuidando bien la raya y afeitarse con bastante crema espumosa y después loción, bastante, bien oloroso y ahora colonia en el pelo y en el pañuelo y ahora más talco con la mota en las axilas para hacer una pasta impenetrable listo para sudar.

El Lobo tenía ese sentido aséptico de los salones de operaciones, era higiénico y quirofántico, y le gustaban los espejos en el techo y las chancletas de palo en los pies bajo la ducha, y el talco, siempre el talco.

La culpa, realmente, no era toda de él, pues de niño, chiquitico, lo bañaban con el agua calientica y el talquito con la mota, cerrando bien las puertas del baño y del cuarto, cuidando que una ráfaga temible del maldito viento alisio no fuera a pasmarlo de pronto, insospechadamente y así, año tras año, bajo el talco y el agüita tibia, había ido creciendo, limpio y olorientado en la calle Jovellar que era casi en El Vedado, jugando pelota en los placeres, yendo al Malecón en las noches de verano, sorbiendo granizados que serían el preludio de futuros refrescantes daiquirís, haciendo grupo en las esquinas de su barrio, oyendo cuentos de Pepito y de Quevedo, de guajiros, de locos, de curas, de borrachos, de viajeros, de cotorras y de señoritas en sus primeras noches de bodas.

Aprendiendo siempre, absorbiendo y procesando cantidades voluminosas de información científicofolklorica, inmerso en su entorno sociocultural, fascinado con los misterios del sexo, oyendo de primera mano, de labios de expertos de esquina, cómo, cuándo y por qué las mujeres salían en estado, lo increíblemente prolíficas que eran, propensas, prolijas y policalientes en su ininterrumpido afán de amar.

Aprendiendo siempre, en el barrio y en la escuela, en el colegio La Luz, primero, y más tarde en el Instituto de Segunda Enseñanza del Vedado, aprendiendo el mundo erótico y a veces incluso pornográfico de las matemáticas, ese mundo terrible de los quebrados y de los herniados, de la  $N$  potencia y de la in-potencia, de la promiscuidad de los decimales en los iglús del Polo Norte y de la voluptuosidad de los senos y los cosenos.

O en ese otro mundo sensual y evocante de la geografía, con sus nombres sugestivos, enervantes, como Punta Brava y Hoyo Colorado, Vueltabajo y Vueltarriba, que le alteraban el pulso, o a veces, deprimentes y pesimistas como Palo Seco (Camagüey).

El Lobo de Bar tenía tres grandes pasatiempos, tres áreas donde se movía a gusto, con elegancia de exquisito *connaisseur*.

Sabía, entre otras cosas, distinguir un manhattan de un martini, saborear a plenitud un vodka con jugo de naranja, extraerle el íntimo secreto al bouquet de un añejo Havana Club, adentrarse en la aromática jungla de un mojito, sorber con deleite la mezcla fabulosa de un saoco, refrescarse en un ron collins, zambullirse en un ron sour y nadar largas distancias en las aguas ambarinas y espumantes, jacarandosas y frías, de un láguer dominical.

Impresionaba con su sapiencia coctelera, incorporada tras muchas horas de vuelo por bares y tabernas, bodegas, bodegones, mostradores, kioscos y ranchones, clubs nocturnos, cerveceras y ronerías o espaciosos salones deslumbrantes bajo arcos de cristal y por aterrizajes forzosos sobre pistas de formica y pino, pinotea y mármol, bagazo prensado y reluciente caoba.

Y también impresionaba con su otro pasatiempo, con su vasta información psicosocial, sus datos acumulados y dispersos sobre Jackson y la escuela de Wundt, la reflexología del viejo Bechterev y el conductismo de Watson, los arcos reflejos pavlovianos, los tests de Hermann Rorschach, las formas gestaltianas, los sueños de Segismundo de Viena y los complejos de Adler, las ondas psicosociales de Karen Homey y Alexander, la psicología dinámica de Woodworth, los enfoques allportinos de la personalidad y el frío análisis inglés de Mayer-Gross, entre otros muchos datos dispersos, arraigados, aprendidos, olvidados, estudiados, confundidos, mezclados y batidos en una gran suma de datos, de información de la psiquis, que le permitían tener, de una forma absoluta y total, un profundo desconocimiento del ser humano.

Y claro, su otra gran diversión, la conquista de las damas, la victoria sobre el fascinante mundo femenino, el sexo débil, sentimental, romántico, emotivo, difícil y evasivo.

El Lobo de Bar había navegado triunfante por esos mares procelosos, capturando corazones, con redes, con arpones, palangres, invencible en la captura de «rubirrubias» y morenas,

sirenas y bacalaos, mojarritas, sardinitas, toninas y ballenatos, de todo cuanto por la mar hubiese, había caído en su atarraya, picado el anzuelo, mordido fatalmente la carnada.

Y ahora el Lobo de Bar se encontraba a treinta y cinco pisos de altura, allá en lo alto de La Torre, su pesquero favorito, y tenía una presa acorralada, inexperta, ingenua y candorosa, envolviéndola en el verbo, hilvanando frases insinuantes, clavando su mirada carta oro, citando a Bécquer y a Neruda, hablando, persuadiendo, conmoviendo, recordando anécdotas chispeantes, filosofando, y psicoanalizando, sugiriendo, aconsejando, haciendo planes, prometiendo, dibujando en el aire un fabuloso castillo de colores, un arco iris sensual y maravilloso, conjugando la magia, hablando hora tras hora, hasta tres y media horas, calculando mentalmente el cheque, pensando en la debacle financiera quincenal, pagando al fin la fabulosa factura, aprovechando el momento para la estocada definitiva, sugiriendo con fino tacto, con elegancia versallesca, en tono irresistible, la posibilidad de *faire l'amour*, de culminar el encuentro con un contacto, digamos, algo más íntimo, y oyendo entonces por respuesta un ay, mijito, pero hubieras empezado por ahí, como malgastas cartuchos, ¿tanta trova por esa bobería?

## EL TIPO QUE CREÍA EN EL SOL

*y todo a media luz  
a media luz los dos  
a media luz los besos  
a media luz de amor*

El tipo era de ese tipo de gente. Aunque no se sabía bien la letra, y las cambiaba todas, era de esa gente que creía en los tangos. Y un tipo que cree en los tangos es un tipo con el que hay que tener cuidado.

Este Gardel cotidiano, que a veces se desdoblaba

*en Bartolomé Moré  
en Toña la de Veracruz  
en el increíble Mozart  
en uno de los Beatles  
(o en los cuatro a la vez)  
en Rimsky Korsakov  
en Méndez, José Antonio  
o en Peza, Juan de Dios*

—este Gardel cotidiano—, tenía tremenda fe en el dado. Era de esa gente. Que creía. Creía en las posibilidades, aunque estuvieran encaramadas en el lomo de Rocinante. Era de esa gente. De ese tipo de gente que si su equipo tenía tres carreras abajo, el noveno inning, nadie en base con dos outs, oscureciendo y empezando a llover, decía:

—Ahora, ahora tú verás como empatamos.

Y, bueno, con un tipo así no se puede. Con un tipo así todo es posible.

Por eso un día ¡se le ocurrió enlatar el Sol! No sabía cómo hacerlo. Pero sabía, intuía, presentía, creía que se podría hacer. Y eso era suficiente. ¡Qué vacilón! ¡Enlatar el Sol! Meterlo en laticas. Y ponerle una etiqueta:

*Tropical Sunshine.*

*Genuine.*

Abra por la línea de puntos.

250 gramos de cálido sol tropical.

Tibio y sensual.

Radiante y juguetón.

No guardar en lugar fresco.

¡Qué vacilón! Coger todo el sol que sobre. El de la acera del sol, por donde nadie camina. El de las doce del día, que hace arder la guardarraya. O el que cae pesadamente en los tramos de la costa, calentando el dienteperro. Todo ese sol. Cogerlo y meterlo en laticas. Y mandarlo, para allá afuera. A Europa. En invierno, que es cuando el sol se pierde y no hay quién se empate con él.

¡Excelente renglón de exportación! ¡Qué vacilón!

Y con su latica bajo el brazo salió a vender su idea. A persuadir. A convencer. A transmitir con el brillo de los ojos la posibilidad de lo posible.

Pero por cosas del azar, no dio con los receptivos.

Esos

que cuando escarban la tierra con los dedos  
no piensan en la higiene de las uñas  
solamente en la semilla

esos

que si tienen que ir a pie hasta Santiago  
se llevan una buena tumbadora.

Dio con los otros.

esos  
que están hechos de suave plastilina  
y se amoldan a cualquier orientación  
sobre todo cuando es del inmediato superior  
que prefieren la orillita de la playa  
y se pierden el azul que hay en lo hondo  
esa gente que camina despacito por la vida  
y prefiere tocar bola  
a arriesgar un jit-and-run  
que ven fantasmas en las noches de trasluz  
y se detienen a mirar las ramas muertas del rosal  
esos  
que sólo ven el arco iris  
cuando llueve  
nada más

Se puso fatal. Con esa gente, casualmente, se empató. Con los precavidos. Los comprimidos. Los monocromáticos y calculosos. Los plastilínicos y siempre dudosos.

Y, claro, le dijeron *ne, niente, never*. A otra cosa mariposa. Primero le analizaron la idea. Mmm... ¿enlatar el Sol? La calcularon. La estudiaron. La batieron. La exprimieron y la plancharon.

Y lo que es peor, trataron de convencerlo. De persuadirlo. De frenarlo. De calmarlo. De clavarle los pies sobre la tierra. Y echarle cal. Y arena. Y piedras. A ver si se estaba quieto. Y se dejaba de tanta bobería. Y le dijeron —en tono serio, profundo, profesoral y definitivo:

chico  
pero si es que tú no tienes nada  
una idea nada más  
y entusiasmo



y una gran imaginación  
—que eso es bueno—  
y constancia  
y dedicación  
y un maravilloso optimismo  
pero tú no tienes nada  
una lata  
y una idea nada más

Hicieron lo peor que se le puede hacer a un tipo. Aplastarle la ilusión. Romperle en dos el entusiasmo. Plancharle la esperanza.

Y el tipo que creía en el Sol —del encabronamiento que cogió— rompió la lata de un piñazo y se quedó pensando en el Quijote.

y entonces  
súbitamente  
de aquella latica chiquitica  
lenta  
lentamente  
empezó a  
amanecer.

## LA CONQUISTA DE LOS CATAYOS

A finales del siglo 15, alrededor de 1492 para ser más exactos, los incas se enfrentaron a un difícil problema de comercio que comenzó a desbalancearles la dieta alimenticia seriamente. Resulta que hasta esa fecha, más o menos, ellos iban a buscar las especias a Catay, la antigua China, por la vía del Pacífico, pero los turcos —que nunca se supo bien cómo fueron a dar ahí— les cerraron el camino.

Los incas probaron entonces la variante de desviarse hacia Hawai, pero de ahí lo único que traían las piraguas eran ukeleles, grandes collares de flores y hulahulas, elementos poco adecuados para condimentar las comidas.

Entonces un marino inca, muy osado y ambicioso, llamado Cristobac Colonco, pensó que si la Tierra era redonda, pues navegando hacia el este, por los desconocidos mares del Atlántico, forzosamente daría la vuelta al globo y llegaría a Catay.

Y así lo hizo, lanzándose aventureramente en tres gigantescas piraguas cargadas de incas, mayas y aztecas, que se le unieron en la empresa, por esos mares de Dios, y en sólo tres meses las enormes piraguas —pirabelas les llamaban— arribaron a unas islas, gracias al grito jubiloso de ¡tierra! proferido por el marino Rodrihualpa de Trianqui.

Era un 12 de octubre de 1492 y los intrépidos navegantes bautizaron la isla con el nombre de La Salvación, a pesar de las protestas, de los aborígenes que insistían en llamarla Canarias.

Poco después tocaron tierra en el continente y encontraron a la tribu de los andaluces, a los cuales, pensando estúpidamente que habían llegado a Catay, denominaron catayos.

Estos catayos, que se quedaron nombrados así para siempre, eran extraordinariamente incautos y creyeron que aquellos hombres raros, montados en llamas, con grandes ponchos de colores y sonando unas flauticas extrañas que llamaban quenas, eran los sacerdotes con las trompetas del Juicio Final, anunciado en sus ritos misteriosos y en su gran libro sagrado, la *Biblia*. (Lo más simpático de todo fue que los catayos pensaron que el inca y la llama eran un mismo animal, sobre todo, por los rasgos tan similares del rostro.)

Totalmente anonadados ante los acontecimientos, los catayos ofrecieron a los incas, en señal de paz, algunos de sus tesoros más preciados que consistían en relucientes baratijas y collares de lindos colores. Este gesto ingenuo y totalmente innecesario de los catayos avivó la codicia de Cristobac Colonco, quien al ver aquellas valiosas baratijas, comenzó a ofrecerles a los aborígenes andaluces, a cambio, las inservibles pepitas de oro que traían por toneladas en las pirabelas.

Pronto la región de los andaluces quedó exhausta de baratijas y collares, cuestión que enfureció a Colonco, a quien ya se le había despertado un apetito voraz por las lindas baratijas.

Y así, cambiándoles pepitas de oro por baratijas, obligando a los catayos a buscarlas en los ríos y montañas, en templos y ciudades, registrando por todas partes, incluso dentro de los pesados cinturones con cerrojo que los catayos ponían a sus doncellas, de olor, por cierto, hartó desagradable, Cristobac Colonco fue exterminando catayos, comarca tras comarca, internándose en el país, obligando a todos a hablar quechua y a bailar vales peruanos, destruyendo los sagrados templos cristianos (donde los catayos, que eran unos bestias, incineraban a los que no tenían fe), construyendo en su lugar bellos templos del Sol, arrasando, en su desenfrenada carrera en pos de las baratijas, con tribus de murcianos y castellanos, manchegos, madrileños, valencianos, catalanes, asturianos y gallegos, inundando la península y más tarde todo el continente con toneladas y toneladas de pepitas de oro que, con el tiempo, darían pie a la Revolución Industrial.

## EL PRESIDENTE VITALICIO

El Presidente, a quien hacía muy poco el Parlamento, atendiendo a una sugerencia de las Fuerzas Armadas, había nombrado Vitalicio, enfermó de súbito y el parte médico fue fulminante: le quedan unas horas de vida.

Sorprendentemente, el paciente no murió en el tiempo previsto; sólo agravó su estado con una infección pulmonar. Hay que operar, dijo el cirujano mayor, pero me temo que no rebasará la intervención.

Le extirparon el órgano respiratorio y el Presidente Vitalicio, semanas después, seguía vivo, aunque ahora entraba en coma debido a una hemorragia cerebral. El parte médico advirtió de nuevo sobre el desenlace inminente y fatal, cosa que no ocurrió porque el enfermo continuó complicando el cuadro clínico con cirrosis hepática, peritonitis, infarto del miocardio y trombosis múltiple.

Varios meses más tarde el estado del paciente era deplorable. Una serie de delicadas y complejas operaciones habían reducido considerablemente el área anatómica del operado, a la par que los boletines clínicos se hacían cada vez más desesperanzadores.

Poco tiempo después hubo que amputar las dos piernas y un brazo por la inesperada aparición de la gangrena.

A los tres años, lo que iba quedando del Presidente Vitalicio cabía en una almohada, pero aun así seguía dando órdenes, quitando y poniendo ministros, decretando leyes y aprobando pactos.

Un día el enfermo agravó realmente. Un traicionero tumor maligno, alojado en la nuez, comenzó a hacer metástasis a velocidad asombrosa. Y se hizo necesario cortar por lo sano.

Al terminar la gran operación, del Presidente Vitalicio sólo quedó un ojo. Un solo ojo abierto que la junta de médicos se pasaba de mano en mano, emitiendo diagnósticos, sugiriendo tratamientos y aventurando pronósticos. Se nos cierra pronto, dijeron.

Pero el ojo del Presidente Vitalicio continuó abierto, burlándose de médicos y generales, atemorizando a la población, mirando fijamente, abierto y vigilante, con la única preocupación de ver por dónde iba a surgir la insurrección popular.

## DEL TIGRE UN PELO

*A Feria, que si no es por él...*

—Ah, ¿pero yo nunca te había hecho ese cuento de Bigote? Esa es una de las mejores de Bigote.

—???

—Pues nada, resulta que un día Bigote estaba sentado en la cafetería de la antigua CMQ y en aquel tiempo Bigote se estaba comiendo un cable. Trabajaba de tarugo en un circo, que no me acuerdo ahora como se llamaba. Chico, que estaba enfrente del Brindis Bar. ¿Te acuerdas del Brindis Bar, que tenía unas meseras muy lindas?

—!!!

—Sí, eran putas, pero muy lindas. Chico, pues eso estaba por...

—!!!

—Anjá, por ahí, por ahí mismo, por la Cañada Dry. Creo que es Infanta y Manglar.

—!!!

—Anjá, también, muy conocida. ¿Ahora les llaman albergues, no? ¡Tiene una gracia, eso! En fin, el caso es que Bigote estaba almorzando, bueno, almorzando más o menos porque se estaba comiendo una croqueta con una Piña Lanio, ¿te acuerdas del refresquito aquel? Una croqueta y un refresco: veinticinco quilos. Era en el año 57. Febrero. 2 de febrero para serte exacto y ahí estaba Bigote con las piernas cruzadas, un hueco en un zapato y leyendo *Información*. ¿Te acuerdas? Aquel periódico que tenía miles de páginas, aunque no tanto como el *Diario de la Marina*, que tenía millones. Pero nada, muchas páginas y nada, no decían casi nada. No eran como los periódicos de ahora, que resumen en cuatro

páginas. No, cuando eso no había sentido del ahorro. Pues bien, ahí estaba Bigote hojeando el periódico, leyendo los titulares. Ya te puedes imaginar los titulares. *Información*, febrero 2 de 1957:

#### APOYO DE CUBA AL FORTALECIMIENTO DE LA OEA

Washington, febrero 1º (UP). El delegado cubano que representa al presidente Batista en la reunión de delegados presidenciales en las 21 repúblicas americanas manifestó en una entrevista concedida a la United Press que su gobierno está particularmente interesado en medidas para acelerar la industrialización y eliminar la desocupación.

#### LA REINA DEL CARNAVAL

#### ALENTADA POR UNA HERMANA ASPIRÓ CONSUELO I

Le gusta leer novelas románticas y nadar.

#### ACLARARON MALENTIDOS EL REY SAUD Y EISENHOWER

Washington, febrero 1º (UP). El secretario de estado, John Foster Dulles, dijo hoy que las conversaciones entre los dos estadistas hicieron que Saud comprendiese mejor la Doctrina Eisenhower para el Cercano Oriente.

#### VISITARÁN LA HABANA SEIS UNIDADES DE LA MARINA DE LOS EE.UU.

Durante el fin de semana arribarán seis barcos de la Marina de Guerra de los Estados Unidos en visita de buena voluntad.

#### PROCLAMARÁN

## A PANCHÍN BATISTA EN ORIENTE

»Y así por el estilo eran los titulares. Pero los anuncios, ¿te acuerdas de los anuncios?

¡Eterno como su amor!  
Un terreno en residencial CAROLINA.  
Oferta especial a los enamorados  
50 pesos de entrada y una pequeña mensualidad

»¿Y los horóscopos? ¡Qué vacilón! Las cosas que decían:

SU HORÓSCOPO PARA HOY  
(Capricornio). Sea convencional.  
Retrase algo su paso en el trabajo.  
Tenga cuidado con los contactos que haga.  
Sea prudente en todo. Revise el estado  
de sus finanzas

»Había de todo. Hasta campañas de alfabetización, como una muy seria que patrocinaba el Bloque Cubano de Prensa. Media plana. Y cada día con una lección distinta:

### ENSEÑE A LEER - LECCIÓN 27

X ax ex ix ox ux  
Wilson es un extranjero; nació lejos de nuestra Patria, pero la ama, la aprecia y lucha por ella como los que hemos nacido aquí.

»¿Qué te parece eso? ¿Tú crees que habría alguna intención ideológica ahí? ¡Ah, y los anuncios clasificados! Otro vacilón:

### CRIADAS-CRIADOS



Matrimonio americano playa Tarará solicita sirvienta de color para cocinar, limpiar y lavar ropita de niño. Posición permanente. Buen sueldo. Indispensable referencias claras, recientes y de familias habaneras. Pregunte por casa Flaguer. Se paga viaje por Vía Blanca.

#### GAÑE MUCHO DINERO

Dinero al por mayor. A los tres meses rueda máquina. Oscar. San Miguel 709 entre Oquendo y Marqués González.

#### SE SOLICITAN 4 MUCHACHAS

para trabajar en un bar. Sueldo y buena comisión. Moralidad absoluta. Yobana Club. 23 y 10, Vedado.

»Pues eso es lo que estaba leyendo Bigote: *Información*, 2 de febrero del 57. Óigame, compadre, y en eso entra Juan Piñazo por la puerta de la cafetería y bigote que lo ve con el rabillo del ojo. Imagínate, se le erizaron los pelos porque este Juan Piñazo era un garrotero de la CMQ. Temible. Temible el tipo y Bigote le debía, así que ya tú sabes, a Bigote se le helaron las venas y se guilló lo más que pudo. Así, se metió así dentro del periódico: acurrucao, acurrucao. Compadre, pero este Juan Piñazo era Argos, tenía mil ojos, y claro, lo vio enseguida y le partió para arriba y le dijo:

—¿Y qué, Bigote, te estás escondiendo de alguien?

—???

—No, no, si supieras, Bigote era un tipo que tenía tremenda tabla. Nada, enseguida empezó a hablar con Juan Piñazo como si tal cosa, pero, claro, siempre erizado, ¿no?, esperando a ver por dónde venía.

»Pero aquí viene lo bueno, porque Juan Piñazo, de lo más cariñoso, chico, le puso una mano en el hombro y le dijo:

»—Bigote, chico, te estaba buscando. ¡Tú mismo eres el hombre que me puede salvar la vida! Chico, me han dicho que estás trabajando en un circo y el problema es que me estoy haciendo santo, ¿tú sabes? Y óigame, me han pedido una cosa ahí que no sé ni cómo la voy a conseguir. Imagínate, ¡el bigote de un tigre! De un tigre, ¿te das cuenta? ¿Dónde me empato yo con eso? Estoy dispuesto a dar cualquier cosa. Mira, Bigote, si me lo consigues, ¡te doy cincuenta pesos!

»¡Figúrate tú! ¡Decirle eso a Bigote en aquel momento! A Bigote, que estaba en carne viva. Pues Bigote le dijo que no faltaba más, que por cincuenta pesos, no el pelo de un tigre, por cincuenta pesos le traía el tigre completo si quería. Él hambre es una motivación seria, mi hermano.

—???

—Espérate, espérate, déjame llegar ahí. El problema de Bigote ahora era cómo empatarse con el bigote de un tigre. En el circo había dos, pero él nunca se les acercaba. Eran dos tigres flacos y hambrientos, de esos de circo de mala muerte, pero, en definitiva, eran tigres, ¿no?, que por muy flacos y muy jodidos que estuvieran, tenían todavía sus buenos colmillos, sus garras, vaya, todos los hierros. Y además, había otro problema: el domador. El domador era un tipo de estos, vaya, ¿cómo decirte?, muy compenetrado con las fieras, ¿te das cuenta? Quería mucho a los animales y los cuidaba como si fueran sus hijos y no dejaba por nada del mundo que nadie se les acercara. Pero al domador le gustaba el trago: ¡Era tremendo curda! Y todos los días se iba para enfrente, para el Brindis Bar. Así que Bigote empezó a velar al domador y se paró en la esquina del bar a esperar a que el hombre se emborrachara.

—???

—¡Ah, pues con un alicate, viejo! Eso fue lo que se le ocurrió a Bigote. Dijo: nada, me consigo un alicate y cuando el tigre esté durmiendo voy despacito y ahí mismo con el alicate le meto un halón al bigote y me llevo el pelo y con el pelo, ¡los cincuenta cocos!

—???

—Bueno, sí, tal vez con unas tijeras fuertes hubiera sido mejor, pero un alicate fue lo que se le ocurrió a Bigote. Y además, Bigote era un tipo que no filtraba mucho, ¿te das cuenta? Además, cuando la jama está floja, el cerebro se pone pálido, mustio, ¿qué tú crees? Y tendrían que haber sido unas tijeras muy fuertes. ¿Qué tú crees que es el bigote de un tigre? Mira, es así, gordo como un alambre. Y duro como él solo.

—???

—Bueno... entonces... pues Bigote estaba allí en la esquina, ¿no? Esperando a que el tipo cogiera su nota, óyeme, pero aquel hombre bebía como una bestia y pasaban las horas y Bigote desesperado. Pero al fin el hombre fue abajo. El Peralta era una cosa temible, vate. Aunque no tanto como la Coronilla de ahora. Óigame, en agosto la Corona te puede derretir la suela de los zapatos.

—???

—No, ese es peor. El Ronda está más allá del bien y del mal.

—???

—Ah, sí, ¡es que tú me desvías, chico! Pues nada, como te decía, Bigote, tan pronto el domador se emborrachó, arrancó para el circo. Y óigame, ¡hay que oírle el cuento a Bigote! Dice que fue pa'allá, de noche, y entró allí despacito con su alicate en la mano y que allí estaba el tigre en la jaula. Durmiendo. Con el bembón un poco salido entre los barrotes. Y los bigotones salidos. Nada, un jamón. Pero él, así y todo, estaba muerto de miedo. Porque él había oído cuentos. Que si los bigotes de los tigres son muy sensibles, que tan pronto se los tocan reaccionan con un zarpazo, en fin, estaba cagao. ¡Pero cincuenta cañas eran cincuenta cañas! Así que siguió palante, despacito, sin hacer ruido, con su alicate en la mano. Y se acercó y se fue acercando poco a poco a la jaula. Así, con mucho cuidado, en la puntica de los pies, hasta que llegó a unos centímetros del tigre. Y ya cuando estaba bien, bien cerquitica y sudando y con una tensión tremenda, entonces metió el alicate en el bigote, ¡Y METIÓ EL HALÓN!

»¡Óigame, compay! ¡Allí mismo aquel tigre ha dado una clase de brinco y ha metido una clase de rugido! Imagínate tú lo que es que te halen un pelito de la bamba, ¡cómo duele! ¡Bueno, aquel tigre empezó a meter piñazos y a dar gritos! Y allí mismo se despertó el elefante y empezó a chillar y los caballos asustados y los monos chillando también y corriendo de un lado para otro y las focas ladrando... Bueno, ¡aquello fue del carajo! Dice Bigote que él nunca se ha asustado tanto en su vida y que salió de aquel infierno, corriendo como un loco.

—???

—Ah, sí, sí. El pelo se lo arrancó. ¿Pero por qué tú crees que el tigre aquel metió aquel brinco? Se lo llevó de cuajo, mi hermano. Y dice Bigote que ha corrido por esa calle Infanta pa'bajo, que dobló por San Lázaro con una oreja pegada al suelo.

—???

—Sí, al otro día, en la misma cafetería de CMQ. Ahí le dio el bigote del tigre a Juan Piñazo. ¡Oye, y ese Juan Piñazo estaba contento, chico! ¡Imagínate el problema que le había resuelto Bigote! ¡Y Bigote más contento todavía! Y entonces Juan Piñazo le dijo que estaba bien, que tal y como habían quedado eran cincuenta pesos, pero que se acordara de que le debía dieciséis pesos del último préstamo de veinte y que, por otro lado, veintitrés de los intereses del préstamo de veinticinco y once más del préstamo de los cinco pesos. Y con la misma, Juan Piñazo metió la mano en el bolsillo y le tiró a Bigote cuatro pesetas que brincaron alegremente sobre el mostrador. ¡Y ya tú sabes! Bigote así, con los ojos de este tamaño. Y se quedó callado, sin decir nada. Mirando a la vida.

## AMOR A PRIMER AÑEJO

Llegué un poco tarde a la fiesta. Más que nada había ido por compromiso. En realidad las fiestas no me gustan, sobre todo, porque nunca ligo. En eso soy fatal cantidad. Nunca me empato. Pero días antes una compañera de trabajo me había invitado.

—No dejes de ir, no dejes de ir, ve, sabes, ve.

Y claro, me daba pena.

Eso sí, antes de ir, y para animarme un poco, tomé la precaución de sonarme cuatro añejos a la roca en el Centro Vasco, que quedaba cerca. Así que llegué un poco más dispuesto.

Toqué a la puerta y abrió un viejo igualito a Oliver Hardy. Casi le pregunto ¿está Stan?, pero me contuve. Me miró fijamente, y gruñó como Humphrey Bogart doblado al español en *Tener y no tener*:

—No, no es aquí, majo, es al lado.

Toqué a la otra puerta y casi podría jurar que el humo salía por debajo. Ahora no estoy muy seguro, ya dije que me había tomado unos añejos. Cuando Ana María abrió, no había duda. Era la fiesta. Esa bulla especial, esa mezcla de voces, murmullos y risas, esa felicidad contagiosa que sólo se percibe en una fiesta y en algunos buenos velorios.

Ana María sonrió, hizo un gesto indicándome que pasara y me pareció oírle decir:

—Vete de mí, no te detengas a mirar las ramas muertas del rosal.

Y, al propio tiempo, del tocadiscos, la voz inconfundible de Bola de Nieve que me decía:

—¡Hola! ¡Qué bueno que llegaste! Pasa, pasa, que esto está muy bueno.

Es increíble las cosas que se oyen en una fiesta. Además, ya dije que me había tomado...

—Siéntate, siéntate, que ahora te traigo un trago. ¿Añejo, verdad?

Me senté. Frente a mí había un librero donde se entremezclaban *Lecciones de cartomancia*, *La montaña mágica*, *Un corazón para dos*, de Corín Tellado y la *Crítica del programa de Gotha*. No entendí nada. En eso regresó Ana Marta.

—Mira, tu trago. Tal vez esté un poco flojo, sabes.

Me horroricé. Cuando una mujer dice que quizás el jaibol está un poco flojo, seguramente se le ha olvidado echarle el añejo. Lo probé. Me había equivocado. Lo que no tenía era la soda. Venía a nivel de estrái. Tragué duro, pero con dignidad.

—No, no está flojo, está bien.

—Me alegro. ¡Yo sé que tengo una mano para el jaibol! Pero bueno, estás en tu casa, sabes. Ah, espérate, espérate, no te vayas de aquí. Te voy a traer una sorpresa.

Me horroricé de nuevo.

—Martica, ¡Martica!, ven acá que te voy a presentar un amigo.

Martica se parecía a Buster Keaton. pero con el cuerpo de Serguei Bondarchuck.

—Mira, Marta, un amigo, Rosendo...

—Mucho gusto, Rosenndrrríguez.

—Martrrrvieso... encantada.

Nadie entendió ni hostia.

—Bueno, los dejo solos. Pórtense bien, ¿eh? Ja, Ja.

Marta sonrió.

—Ja, ja.

Yo sonreí:

—Ja, ja.

Marta empezó a hablar.

—Así que tú eres Rosendo, ¿no?

—Sí.

—Yo he oído hablar mucho de ti.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Pausa. Marta intentó de nuevo.

—Pues... ¿tú trabajas en Comunicaciones, no?

—No.

—¿Ah, no?

—No, no.

—Ahhh.

Pausa. Me tomé otro añejo. Marta no se daba por vencida.

—Pero, ¿tú conoces a Ana María hace mucho tiempo, no?

—Sí, uff.

—Ella es muy buena gente.

—¡Ufff!

—Este... pues sí, yo he oído hablar mucho de ti, aunque tú no lo creas.

No pude más. Me disculpé cortésmente, como todo un *gentleman*.

—Ahora vengo, voy al baño.

Y me perdí. Yo quería ligar, pero no tanto.

Cinco añejos más tarde, todavía no había podido ligar. Siete intentos, siete fracasos. «Tengo una tiñosa parqueada en el hombro, tengo un chino atrás, ¡qué cosa es esto, caballeros!, ¿me habrán echado bilongo?»

Desesperadamente, me puse a buscar a Buster Keaton con la vista por toda la casa, pero parece que se había ido. ¡Qué desgracia! Buster estaba puesta para mi cartón y la había dejado escapar por una apreciación demasiado exigente. Pensé que había que ser un poco más indulgente en la vida, no se podía apretar tanto; además, ahora que recordaba, Buster tenía cierta gracia, cierto sentido del humor, oculto bajo su carita de palo. Lástima que se hubiera ido.

Entonces fue cuando la vi.

Era lo único que quedaba suelto por los alrededores. Pesaría unas libras menos que Orson Welles, pero con más edad. Tenía el pelo amarillo pajuzo y una verruga al lado de la nariz. ¡Qué va! A aquello no había quien le entrara. No era potable.

Cuatro añejos después, con un aburrimiento feroz, volví a mirar a la gorda y fue una sorpresa agradable darme cuenta de que realmente no estaba tan gorda. Además, el pelo no era tan pajuzo nada, ahí había cierto brillo, un algo que recordaba el trigo. Y además, lo que antes me había parecido una verruga, ahora semejaba más bien un lunar. Y provocativo. Sensual, envolvente, hechizante y tentador.

No lo pensé dos veces. Me levanté como un rayo y me lancé hacia ella. Unos cuatro metros de distancia. Seis pasos y ya. Pero justamente en ese momento brotó un danzón del tocadiscos y un tipo que salió no sé de dónde la sacó a bailar. ¡Desgraciado! ¡Veleidosa!

Hice tremendo ridículo porque de momento me encontré caminando hacia ningún lugar. Paré en seco, abochornado, cortado, con tremenda pena. Me puse la mano en la cabeza, después en el bolsillo, saqué nerviosamente un fósforo, me lo puse en la boca y rallé el cigarro contra la caja. No prendió.

Me tomé otro añejo por el cual por poco es necesario hacerme un conteo de protección, pero me recuperé gracias a ese extra que tienen los grandes curdonautas, ese segundo aire de los campeones.

Aunque había bastante neblina, pude ver, fascinado, bailar a mi medio tiempo. ¡Qué rico bailaba! Ahora era casi esbelta, grácil incluso —aparte del fondillón— con su pelambre al aire, suelta la crin hirsuta color de trigo y sus hermosos pechos, como dos palomas robustas, se estremecían con gracia al compás del danzonete.

¡Aquella cosa, que diga, aquella mujer tenía que ser mía!



Cuando terminó la pieza, la seguí con la vista a través de la bruma que cada vez se hacía más espesa. Aquello parecía Londres, pero mi vista de águila no perdió un instante la figura cautivadora que se deslizaba hacia la terraza como Marilyn Monroe en el *Príncipe y la corista*.

Caminé hacia ella tambaleándome elegantemente. Al fin llegué y con una cortés genuflexión que me hizo topar la frente contra el brazo del sillón, le dije en un tono que hubiera envidiado Lawrence Oliver:

—¿Mecoonsss ssed sssedesta... tapiezzza?

—Cómo no, con mucho gusto. Mi nombre es Furibunda, pero me dicen *Fefa*.

—Yomeamo Rosss... Rosss. Rosssennn... ¡Rosendo! Perooo meísennn... meísennn, meísennn: ¡Rosendo!

Levanté el vaso, que se derramó un poco sobre su vestido, y lo choqué con cuidado contra el jaibol de añejo que ella sostenía en la mano, rajándose ligeramente.

—Por lafef... lafef... lafefamass... massermosa... queojosummm... ssumanos vieron —brindé.

Y le guiñé un ojo. Creo que le guiñé los dos ojos porque no vi nada. Ella entonces sonrió y en la sonrisa me lo dijo todo. Aunque le faltaban dos dientes, aquella sonrisa irradiaba entrega y felicidad. Bebimos al unísono, envueltos en la magia del encuentro. Fue amor a primer añejo.

## CONSUELO

Estábamos ahí sentados casi uno frente a otro. Ahí quiere decir la fiestecita. Una fiestecita en este pueblo de Pinar del Río. La casa. Ah, sí, la casa. Bueno, casa de madera de pueblo cubano. Típica. Su portal con sillones sabrosos de rejilla, de aquellos que arreglaban los chinos. Y fresco, mucho fresco que se cuele por el portal y las ventanas. Domingo, sí, era domingo, y la casa estaba llena con veintemil gentes. El ir y venir, el barullo.

Ella estaba sentada frente a mí y yo, apochinchao en uno de esos sillones sabrosos. Pero en realidad estaba aburrido, desubicado, un poco o bastante fuera de lugar. No conocía muy bien a la gente. Y estaba, vaya, fuera. Fuera de ambiente. Aburrido. Y ella también. Pero no nos hablábamos. Porque no nos conocíamos. Y era un poco esa pena mutua, el querer empezar a hablar y no hacerlo. Por pena, por pudor, por esa bobería que tiene uno.

Y entonces empezamos a mirarnos, a encontrarnos las miradas, que eran inevitables, porque, claro, como estábamos sentados uno frente...

Bueno, ya, ya dije eso. Y claro, era la mirada. Y así empezó la cosa. La identificación, la sonrisita esa con pena. Y con deseos de empezar a hablar. La cosa, la bobería esa, la identificación, la comunicación, ¿no? Eso. Empezamos a establecer una corriente mutua. Afecto, comprensión, solidaridad, simpatía. ¡Qué sé yo! Es una mezcla de todo eso. Y como decía, empezaron las miraditas y la sonrisita y eso...

Y los dos nos dábamos cuenta de que estábamos entrando en ambiente, que la tarde se estaba salvando.

Y empezamos a reírnos con más confianza. Y todo eso sin hablarnos. Pero ya identificados, riéndonos y sonriendo. Y empezamos entonces a burlarnos un poco de la gente. Del tipo del bigote, de la gorda del vestido de colorines.

Y ella estaba sentada frente a mí y se reía... sabroso, alegremente. Y eso me hacía sentir bien, pero requetebién. Y los ojos. Los ojos que tenía. Castaños. Brillaban. Muy vivos. Y hablaba con los ojos y los movía de un lado para otro y jugaba con ellos. Con una deliciosa coquetería. Y al lado de la sonrisa, en las mejillas, los hoyitos. Pero los ojos. Eran los ojos los que más decían.

Y yo me di cuenta de que le caía bien. Era la forma en que me miraba. Con aquellos grandes y bellísimos e increíbles ojos castaños. Y entonces me decidí a hablarle.

—¿Y tú como te llamas?

—Consuelo.

—Ah, Consuelo. ¿Y tú eres de aquí de la casa?

—Sí, claro, ¡la gorda es mi mamá!

Y entonces nos reímos a la vez y era esa risa sabrosa, sana, abierta. Risa en la que había el secreto entre dos. La identificación. La comunicación. Éramos ella y yo y más nadie aunque hubiera veintemil en la fiesta.

Y nos seguimos mirando y seguimos riéndonos. Y ella con sus grandes ojos que tenían una mezcla maravillosa de picardía y ternura. A la vez. Y entonces me sorprendió con una pregunta que la hace raramente una mujer.

—¿A qué no adivinas la edad que yo tengo?

—¿Tú? Pues no sé, vaya...

Y entonces me volvió a mirar con la misma mezcla de cariño y malicia. Y me dijo la edad. Y creo que no me mintió. No, no creo que se quitara la edad, porque lo dijo hablando con aquellos grandes, bellísimos e increíbles ojos castaños que no podían mentir. Seis años. Eso fue lo que dijo.

## CARTAS DE AMOR

M:

De tanto mirarte desde que llegaste a este Organismo me tengo que sentar a la máquina y comunicarme contigo porque si no, reviento, reviento como revientan los globos en las fiestas infantiles.

Y quería decirte que todo el mundo tiene los ojos almendrados, pero alguna gente —como tú— los tiene más almendrados que otras y a esos se les llama ojos almendrados y los demás se desgracian y se les llama simplemente ojos.

Pero no, no es eso lo que quería decirte. Quería decirte que en la teoría de la comunicación se establece que en todo proceso comunicativo existe siempre:

un emisor, que emite la información;

un receptor que la recibe;

un canal, que es por donde va el mensaje;

un mensaje

y un código que el receptor tiene que conocer para poder decodificar, es decir, descifrar, entender el mensaje.

El ejemplo clásico es el propio idioma, la escritura.

Si te escribo a máquina, por ejemplo:

*tengo un coco contigo,*

puedes decodificar perfectamente porque conoces el código castizocriollo.

Pero si te pongo:

*Ich habe ein Kokum mit sie,*

no descifras ni hostia si no conoces el código.

A veces los códigos se distorsionan a propósito, se enriquecen y retuercen para establecer más secreta, más selectiva la

comunicación. Como la jerigonza:

*chitén chigó chiún chicó chicó chicón chití chigó.*

Cuando al mensaje se le agregan partes de información no pertinentes, que confunden o lo hacen ambiguo, a eso se le llama ruido, por ejemplo:

*tengo este ah oh vaya es decir creo yo tengo un cómo diríamos un esto vaya coco con sí eso te ti tú tigo.*

(Eso es un mensaje que tiene un ruido del carajo.)

Pero cuando al mensaje se le ponen conceptos repetitivos del mismo concepto para marcar, subrayar, y afinar bien el mensaje, entonces se dice que hay redundancia. Veamos:

*tengo, pero tengo, que si tengo y lo tengo un coco recoco y recontracoco, un coco-coco, cocoflambé, coconamá, coco per se, el coco en sí lo tengo yo contigo.*

¿Te das cuenta la clase de coco que tengo contigo?

O como diría Benny Moré, que no estaba en la onda esa de la teoría de la comunicación, pero le metía al mensaje musical en las mismas costuras. Como diría el Benny:

*mi mami te digo  
que estoy medio loco  
por romper el coco  
que tengo contigo  
daame una oportunidad, mi mami,  
para romper este cocoooo,  
ay mami, mira que me vuelvo loco,  
loco, loco, loco, loquitooo*

Pero bueno, la cosa también se pudiera analizar desde otro ángulo científico, desde la psicología, porque recuerdo ahora el título de esa vieja excelente canción de ese viejo excelente compositor nuyorkino, el viejo excelente Cole Porter que en los años 40, creo, la compuso y luego en estos 70 la repopularizaron esos nuevos excelentes Four Season y me refiero a

*I got you under my skin,*

bajo, dentro adentro, subcutáneamente,  
por miles de pequeñísimas razones, o por cinco grandes  
razones, volviendo a lo que iba, si nos atenemos a la *Introducción a  
la psicología*, de Cohen, capítulo 5, «La percepción», página 81:

*Trataremos brevemente algunos aspectos de la percepción  
sensorial, esto es, de la manera como nos enteramos de lo  
que sucede en derredor nuestro gracias a los medios de  
información que nuestros sentidos nos proporcionan.*

La razón uno, por ejemplo, medio de información ojos que el  
sentido vista me proporciona, me ha permitido enterarme que en  
derredor mío me sucedes tú, visualmente tú, pelolargoacariciable,  
ojostú, ombligotú y demás muchas cosas fisicotú, tutoda, en  
movimiento, caminando, sentandotemeciéndote, bikinientrandoalmar  
(me imagino), flotandoenttransparentes olas, alsolenblancarena,  
alnosolenblancasábanas (¡me imagino!), payamitasaltoecama  
(brinco di letto) y en todos los demás muchos demás contextotú  
visuales.

La razón dos, sentido auditivo, trompa de Eustaquio que no de  
Falopio, orejita parada, antena en ristre, me permite percibir tu ruido  
general, rico casete, bajando rica onda por pasillo, bajando *La tarde*  
de Sindo o riendo, contando chiste de Llorín Llorado o hablando  
simplemente hablando, rico casete tuvoz.

Y razón tres, el gusto, las papilas gustativas, gustando,  
saboreándote en largos lapsus linguae,

*I got you under my tongue.*

Y la cuarta gran razón, el olfato,

*I got you under my nose,*

lamentando no tener el inmenso apéndice nasal del viejo Cyrano, para olerte mejor, como dijera en ocasión memorable el loboabuela.

Y la quinta, la sensación táctil, sentir contigo las gotas de lluvia que nos mojan bajando por Paseo o un gran aguacero en una cualquier esquina de La Habana, de noche, los labios húmedos de lluvia, besos mojados, aguados, ensopados, besos *splash* y sentir la piel que no de Malaparte, la piel de buenas partes, de las partes, con las partes, poro a poro y a coconamá sentir la vibración final, *the last vibration, dernière* que no *derrière, face a face* y *tête à tête* (en su sentido más criollo que es el rico),

y sentir, en fin, volviendo a Cohen, página 83:

*Es tradicional afirmar que nuestros sentidos son cincel: vista, oído, olfato, gusto y tacto. Pero las investigaciones modernas han evidenciado que en esta lista se omite un gran número de otras expe-riencias.*

Como por ejemplo, profesor, la experiencia multiespácica, calientetrascendente, que va de lo particular a lo universal, revierte del todo al detalle, se induce y deduce, rebota y esparce, y al fin, en fin, sin fin, se siente integral y multisensorial, ¡la experienciamabel total!

Y así, cariño —si me permites la confianza—, pudiéramos seguir con otros enfoques, con la poesía del siglo 19, ¿te acuerdas, por ejemplo, de Elizabeth Barret Browning?

*How do I love thee?  
Let me count the ways...*

¿Pues quieres saber las formas y modos y maneras de este amor al cuadrado de un solo cateto? Pues verás, te amo:

*Más que al filete Mignon bien a la inglesa  
con salsa champignon,*

*que los chicharrones con cerveza  
—frijoles negros, ¡caballeros!—,  
y el picadillo a la criolla con picante;  
tanto como un chapuzón en Varadero en el verano,  
flotar panzaparriba en una balsa bajo el sol,  
zambullirse en un mojito,  
y vacilar un bolerón de Vicentico en la victrola;  
igual que a las viejas cercas del Vedado,  
las sillas a lo Tudor del Conejito,  
la glorieta del parquecito Víctor Hugo.  
Y la 27 sin molote en la parada;  
como a las campanas de John Donne  
y la familia genial de los Buendía,  
al capitán Van Toch y Buster Keaton,  
el flaco Stan,  
el gordo Hardy,  
y Charles Chaplin cantando con el Benny Yesterday.*

O mejor aún, ¿te acuerdas del Siglo de Oro? ¿Del viejo Lope?  
¿Del soneto «Amor»? Vacila esta variante:

*Estoy ensimismado, absorto, dudoso, irritado,  
lleno de luz, temeroso, esperanzado, ahíto,  
intermitente, sosegado,  
espantado, sutil, tímido, bravo,  
valiente, seguro, destoletado,  
animoso, febril, almibarado,  
sediento y descorchado,  
batido,  
espumante e incipiente,  
impostergado,  
anhelante, rechazado, amado, ambivalente,  
locuaz y momificado,  
eso es amol,*



*como diría Lope el Chino,  
con su Nikon japonesa,  
tratando de atrapar con el lente un momentico,  
un flash, un flashback, un flashforward,  
contigo en la distancia  
y en el tiempo,  
tranquilo, como las olas de abril,  
de leva,  
de lava,  
de lavatín, para hacer un chiste,  
y ahora los Beatles están diciendo Yesterday,  
pero están diciendo Tomorrow,  
¿O no?  
¡Oh, si!  
Oh, hell!  
Hello!  
¡Aló!*

Heme aquí a la altura de las diez da la mañana de este lunes 26 de agosto del último tercio del siglo 20, entrándome por la ventana de cristal la increíblemente clara luz cubana que en su *Son de negros en Cuba* Federico calificara genialmente de luz blanca; heme aquí, con un frío esquimal y el ruido ensordecedor de este aparato de aire acondicionado, equipo que según íntima y espontánea confesión de uno de los técnicos que lo instaló (negrito criollo de simpática sonrisa irónico-criolla y ojillos maliciosos) tiene suficiente caballaje y es ideal para darle frío a un cine del interior de la república, pero que por razones equis vino a dar a este Centro de Documentación;

heme aquí, con el estado de ánimo juguetón y en alto, con un helado de mango y un perro caliente en la barriga; heme aquí, tratando de comunicarme con usted, tratando de decirle que la apapucho con el pensamiento, tratando de improvisarle una décima guajira a usted, que si no es del campo, por lo menos vive en las

afueras de la'bana, así que cante conmigo al compás de *La Guantanamera*, los siguientes versos estelares que se me acaban de ocurrir:

*Guajira tiene que sel  
la mujer que a mí me quiera  
guajira como Mabel  
que es urbana y es playera  
ella es ola y es acera  
es caracol musical  
tiene el alma para amal  
a un humorista poeta  
que tiene una gran saeta  
con onda sentimental*

¿Cuándo nos vemos?

H.

H.

Lo siento, pero no me gustan los chistosos.

M.

## LA FELICIDAD

Salen del cine. Cogidos de la mano, llevan poco de casados. Salen callados, pensativos. Sin duda, Agnes Varda los ha impresionado. Caminan hasta la parada de la guagua.

—Chino, a mí la verdad es que no me gustó la película. El tipo es un inmoral.

—No, china, no. La película es muy buena. Plantea una situación muy interesante. El tipo es un tipo sincero. Está casado, feliz, pero también tiene otra muchacha.

—Otra muchacha, no. Una querida.

—Bueno...

Cogen la guagua. Siguen hablando de la película. Llegan a 8 y 19. El tema no cambia.

—Pero, china, fíjate, es que eso se da hasta en la vida real.

»Hay hombres que dan su cariño a dos mujeres al mismo tiempo.

»Y las quieren cada una a su manera. Y reciben de cada una una parte de felicidad y así completan... pues, la felicidad, la felicidad completa. Te digo que yo conozco casos así.

—No, no, qué va. Eso lo que es... es una falta de respeto.

»Y además, una crueldad, chico. Claro, por eso es que ella, cuando se entera, pues se suicida. ¡Cómo no se iba a suicidar: si lo quería, y lo consideraba un hombre bueno, el padre de sus hijos...!

—Ay, china, es que ustedes las mujeres todas son iguales.

»Todo lo ven siempre igual. Date cuenta que ahí lo más importante es la sinceridad del tipo. Chica, que tiene la sinceridad, vaya, de plantear la cosa como es, pero no para divorciarse, ni para formar una tragedia, ni nada, sino plantear el problema como es. Y

en lugar de recibir comprensión —vaya, la comprensión que todo hombre espera de su mujer— pues nada, enseguida la tragedia, la sangre, el drama. Nada, que ustedes las mujeres son así. Todas son iguales. Piensan igual y reaccionan igual.

—Pero qué comprensión ni comprensión iba a esperar de una mujer que de pronto se entera de que su marido la engaña. No, viejo, no. Ella... lo que de pronto se desengaña, se desespera, no sabe qué hacer —¿te das cuenta?— y se mata. Y es lógico, cualquier mujer haría lo mismo.

—¿Ves, ves lo que te digo? Piensas nada más que como una mujer. No eres objetiva.

Llegan a la casa. Suben al apartamento. Se desvisten. Se acuestan. Prenden la lamparita. Se ponen a leer.

—¿Chino?

—¿Qué?

—¿Y por qué tú lo defiendes tanto?

—¿A quién?

—¿Al de la película?

—No, vieja, no. No es que yo lo defienda. Es que tú no comprendes. Nada, es que ustedes las mujeres no comprenden esas cosas. No te digo que ustedes todas son iguales.

Siguen leyendo. Él se empieza a quedar dormido. Ella está pensativa. Apaga la luz. Pasa un rato.

—¿Leonardo?

—¿Mmmmm?

—¡Leonardo!

—¿Quéee?

—Tú me ocultas algo.

—¡Mmmmm?

—¡Tú tienes otra mujer!

—Está bien, está bien, tengo otra mujer.

—Leonardo, estoy hablando en serio. Leonardo, ¿tú sabes lo que hago si tú tienes otra mujer? ¡Me mato! ¡Leonardo, lo oíste! ¡Me pego un tiro! ¡Me mato, Leonardo!

—Sí, sí, te pegas un tiro. No te dije que todas las mujeres son iguales. ¡Pero está bueno ya, me oíste?

—¡Tú tienes otra mujer! ¡Ahora estoy segura!

—¡Bueno, chica, sí! ¡Está bueno ya! ¡Sí, tengo otra mujer! Bueno, ¿y qué?

Silencio. Pasan unos instantes. Ella se levanta de la cama. Va al baño. Busca la pistola. La carga. Le tiemblan las manos. Lo mira desconsoladamente. Parece dormir. Levanta la pistola. Cierra los ojos. Y dispara. El chorrillo lo empapa totalmente.

## LA JOYITA

*marquetti al bate/ dice feña que los buñuelos para que queden bien/ bola afuera y baja/ se tienen que poner a dorar con el fuego bajito/ estráiii por el mismo centro del plato/ y dice que otro secreto, muy importante/ ahí va una línea tremenda entre rai y cénter/ es que cuando uno va a hacer la masa/ la bola pica y se extiende/ mi amor tú no me estás oyendo.*

Había llegado a esa etapa del matrimonio en que todo se vuelve una gran pasta gris y compacta donde es posible oír sin oír, simultáneamente, un juego de pelota y una receta de buñuelos. En donde las relaciones alcanzan un punto de exquisita incomunicación que envidiaría Antonioni, de un aburrimiento visceral y espeso que como tal vez diría Sor Juana Inés de la Cruz, da lo mismo Juana que su hermana.

Miraba a su mujer con la misma pasión con que se observa la factura diferida cuando la presenta el cobrador de la luz. Llegaba a su casa después del trabajo con el entusiasmo que genera un turno en el policlínico para hacerse una laparoscopia y a veces, en las pocas y raras veces que hacían el amor, era capaz de hacerlo pensando en las variantes de la defensa Nimzowitch.

Aquello, como diría Descartes en un momento de rara seguridad en sí mismo, estaba muy jodido, y sin lugar a dudas cartesianas ni socraticomayéuticas, sin vacilaciones ni titubeancias, se imponía una solución tajante y profunda, aséptica, definitiva y definitoria.

Y decidió,  
con toda la tuerza que aporta la mentalidad analítica, la lucidez y el raciocinio,  
la reflexión pausada,

la inteligencia fría,  
la lógica formal y la dialéctica,  
decidió espantar la muía, vender el cajetín, quemar el tennis, darse  
a la pira, arrivederci roma, chao chao bambina que me voy por la  
vereda tropical.

Pero de pronto, con la misma lucidez con que había tomado la  
tan difícil decisión, se le prendió el bombillo del entendimiento y vio  
clarito que tenía ante sí un problema no pensado antes.

¿Dónde iba a vivir? ¿Dónde iba a meterse? ¿En casa de su  
primo, tal vez, que vivía con aquella horrible mujer eternamente  
aficionada a las canciones de Sarita Montiel?

Entonces, ¿qué otras probabilidades había?

Probabilidades. ¡Ah probabilidades!

Se le encendió de nuevo el bombillo. ¡Ahí, tal vez, estaba la  
solución!

Ahí, en su condición de estadisticomatemático y  
demografoprobabilístico trabajando nada menos que en el  
CENTROPRODEMOSVAR (cuyas siglas representaban la breve  
abreviatura del Centro Nacional de Prognosis y Procesos  
Demoscópicos de Estadísticas Variables o el *Cenpropró* como le  
decía la gente en apócope cariñoso); ahí, con la información a  
mano, más sus propios conocimientos demoscopicoprobabilísticos y  
estadisticomatemáticos, podía estar la solución de las verdaderas  
probabilidades que tenía de encontrar en la ciudad una mujer que  
viviera sola, solita, solterita y con apartamento.

Comenzó a trabajar con pasión científica, como Arquímedes  
cuando cantaba en la bañera, como Galileo cuando miraba  
absorto empinar papalotes en los cielos de Venecia. Se lanzó a  
buscar el primer dato, el dato primo, lógico y fundamental de su  
investigación demograficofreudiana. En primer lugar, ¿cuántos  
núcleos familiares había en la ciudad?

Núcleos. Naturalmente, buscó en el archivo por la letra N y como  
es natural, perdió su tiempo miserablemente. «¡Rayos! —pensó—,

si *núcleos* no estaba por la letra N, ¿por cuál otra letra podía *núcleos* estar?»

Entonces recordó que la secretaria tenía un defecto de pronunciación y todas las palabras las pronunciaba con la letra D.

Con la precisión analítica de un Sherlock Holmes buscó en la D y, efectivamente, ahí estaba el dato perfectamente registrado. Decía:

## DÚCLEOS FAMILIARES

DODAL URBANO - 534 215

Bien, más de medio millón, la cosa no se presentaba mal.

Ahora había que buscar el siguiente dato. De ese gran total de núcleos, ¿qué por ciento correspondía a núcleos habitados por una sola persona? Él tarjetero le ofreció inmediatamente la información.

POR CIENTO DE NÚCLEOS DE UNA SOLA PERSONA - 11,5

Con ayuda de su nueva y flamante calculadora electrónica de bolsillo con circuitos integrados, punchó los dígitos 5-3-4-2-1-5, que enseguida aparecieron, sin hacer ruido y como por arte de magia, en la pizarrita. Luego apretó el botón de la multiplicación y posteriormente los botones correspondientes a 11,5. Le dio a la tecla del Total, y, sin hacer el menor ruido y como por arte de magia apareció en la pizarrita, en bellos números verdes lumínicos, un flamante 99999999999999,99.

Dejó a un lado su nueva y flamante calculadora electrónica de bolsillo con circuitos integrados, por totalmente inservible, y buscó con desesperación un bolígrafo.

En los primeros trazos comprendió que aquello no escribía ni hostia, y procedió entonces a colocarle un nuevo repuesto, nuevecito y de paquete, que por razones desconocidas se negó a emitir un solo rasgo de tinta. Prendió un fósforo y lo acercó cuidadosamente a la punta del repuesto, que de inmediato, como



era polivinilicopoliestérico, procedente de la alta tecnología de los países industrializados, se encendió por completo, haciéndose mierda.

Por fin, con la ayuda de un infalible mochito de lápiz, realizó su cuenta:

$$534\ 215 \times 11,5 = 61\ 434$$

Esas eran las personas que vivían solas, con apartamento, en la gran ciudad. Pero claro, de ese total, la mitad no le servía para nada, pues eran hombres. Fue de nuevo al archivo para obtener el por ciento exacto de mujeres y encontró que era el 49,2.

Otra vez realizó la operación con el infalible:

$$61\ 434 \times 49,2 = 30\ 225$$

¡Ahí estaba la probabilidad científicomatemática demograficoestadística!

¡Treinta mil doscientas veinticinco mujeres con apartamento!  
¡Ansiosas, solanas, disponibles! Treintamil damiselas encantadoras...

¿Damiselas? ¿Encantadoras? ¡Un momento! En ese dato tan grande, tan frío, en esas probabilidades tan amplias no estaba toda la verdad. Porque ahí, en ese gran total, había de todo. ¡Cuántas damas pasadas del mediotiempo, cuántas ocambas estarían incluidas ahí? ¿Y cuántas pepillitas insoportables, inmaduras e intrascendentes guardaba el numerito?

Era necesario discriminar un poco, seleccionar, decantar, depurar el dato. Ni ocambas, ni mediotiempos muy pasados, ni pepillitas frivolomusicales. Más bien, entre los parámetros de 21 a 39 años, que ahí sí. Ahí había donde escoger.

La década de los 20, florida y alegre en su primera madurez, jacarandosa y moldeable, ávida de aventuras y de nuevos descubrimientos. (¡Qué edad tenía Alvar Núñez Cabeza de Vaca

cuando se lanzó con Pánfilo de Narváez a descubrir la Florida? ¿28 años, no?)

Y la década de los 30, la interesante, la mujer ya experimentada, el mediotiempo con onda, la madurez sensual. Por ahí, por ahí estaba la cosa, entre los 20 y los 30.

¿Y qué por ciento de mujeres solitosolteritas con apartamento había entre 21 y 39 años?

Una vez más, el dato exacto vino en su ayuda. El 38,3 por ciento correspondía a esa estructura de edades. El resto era cuestión de sacar numeritos:

$$30\ 225 \times 38,3 = 11\ 576$$

¡Once mil vírgenes! Bueno, hablando simbólicamente, claro está. Pero once mil al fin y al cabo. Exactamente, once mil quinientas setentiséis probabilidades.

¿Y por qué no ponerse un poquito más exigente? De esas once mil y pico, cuántas tenían nivel universitario? Porque si había algo que le molestara era que una mujer no supiera establecer, con precisión cervantina, la diferencia entre inadvertido y desapercibido.

La tarjeta científicodemoscópica indicó que en esas condiciones se encontraba el 8,3 por ciento de las damiselas uninúcleos. Y el 8,3 por ciento del total era, naturalmente:

$$11\ 576 \times 8,3 = 980,8$$

La cifra se iba reduciendo, pero todavía 980,8 de mujeres (¿coma ocho?, ¿realmente podía existir una coma ocho de jeba?), era una cantidad impresionante. Casi mil ninfas uninúcleos entre 21 y 39 añitos y con techo en sí y para sí.

¿Y de esas 980,8 cuántas serían rubias?, que era su debilidad. Rubias verdaderas o falsas, pero rubias, rubias teñidas, plateadas, platinadas, lo que fuera, pero siempre dentro de la onda blonda, nórdica o gaita, daba igual.

¿Cuántas? Pues casi una de cada cuatro criollas tenía su pelito rubicundo y gretagárbico, según el dato aportado por el banco de información del Cenpropró.

La cifra era justamente el 23,5 por ciento de esa población demoblóndica y monoapartamental. Lo cual quería decir que:

$$980,8 \times 23,5 = 225,7$$

Ahora bien, como tenía cierto rechazo por las gorditas, las gordinflonas y las gordezuelas, incluyendo las gorditas tamalitos, las entraditas en carne y los tambuchitos graciosos, es decir, como lo que le gustaba era la esbeltez subcarbohidrática, las hambreadas y sufridas por la dieta de los puntos, el güin estético, la flacundenga con swing, la ninfa etérea, el modelo infragrásico, buscó el dato y descubrió que con esas características se hallaba el 31,6 por ciento de las damas.

El mochito de lápiz mostró de nuevo su eficiencia:

$$225,7 \times 31,6 = 71,3$$

¿Y por qué no pedir un poquito más? ¿Por qué no, a ver, por qué no? Si ya había llegado a esos parámetros de perfección (¡cómo le gustaba esa palabrita! ¡Parámetros! ¡Miel en la boca para un licenciado demografomatemático del Cenpropró!), pues ¿por qué no seguir exigiendo en busca del ideal jebodemográfico?

¿Por qué no pedir, además, que la mujer tuviera sentido musical, melodioso y parabailábico?

¿Cuántas, cuántas de esas criollas lo tenían? Pues nada más y nada menos —verificó en el tarjetero— que el 64,9 por ciento. Entonces:

$$71,3 \times 64,9 = 46,2$$

Y de esas, ¿qué cantidad sabría hacer frijoles negros, tarjetero mágico? ¿Muchas? ¡Ah, bastantes, bastantes! El dato demográfico

frijolnégrico indicó que el 79,4 por ciento de esa población femenina conocía a fondo el secreto culinario.

Por lo tanto:

$$46,2 \times 79,4 = 36,7$$

El núcleo, era cierto, se iba reduciendo y ahora las probabilidades se limitaban a 36,7 mujeres que reunían todos esos requisitos. Pero, por otra parte, ¿no se trataba ya, en definitiva, de alcanzar la exquisita perfección, el nirvana binúcleo, apoyándose en la cibernética?

Entonces, ¿qué más se podría exigir? ¿Qué otra cualidad le gustaría que tuviese esa mujer? ¿Qué más que contribuyese a la paz hogareña, al oasis conyugal, la tranquilidad doméstica? ¡Qué no hablara mucho, claro!

Y descubrió que esa maravillosa cualidad la tenía solamente el 21,8 por ciento de las damiselas monoapartamentales. Y eso quería decir, consecuentemente:

$$36,7 \times 21,8 = 8,01$$

que había, por lo menos, 8,01 féminas en ese paraíso freudiano ideal, o casi ideal, casi casi, porque todavía exigiría una condicioncita más, una sola, última, pequeña, apenas mínima, humilde condición, tal vez intrascendente, pero que para él tenía inmensas y resonantes dimensiones, en otras palabras, ¡que no hubiese suegra, por favor!

De inmediato, el tarjetero le brindó esa última respuesta.

En esa categoría se encontraba el 24,9 por ciento de la población analizada. Y por lo tanto:

$$8,01 \times 24,9 = 1,9999$$

¡1,99! Es decir, 2. Dos mujeres. Esas eran las probabilidades. Existían dos mujeres con esas condiciones que andaban por ahí, en

algún lugar de la urbe, entre 30 225 probabilidades, en alguna vivienda de 30 225 viviendas, que suponiendo a 5 visitas diarias por 365 días al año, le darían la oportunidad de peinar 1 825 casas anuales, lo cual, a su vez, significaba que en la búsqueda, matemáticamente, podría tardar:

$$30\ 225 \text{ entre } 1\ 825 = 16,5$$

¡16,5 años zapateando por la urbe capitalina! ¡16 años y 6 meses!

Dos mujeres entre 30 225. Una estaba por ahí y la otra... bueno, pues la otra la tenía en la casa y era de quien, precisamente, se quería divorciar.

Quedó, por unos instantes, hondamente pensativo, como Galileo cuando miraba absorto empinar papalotes en los cielos de Venecia. Y de pronto, exactamente igual que hiciera Arquímedes en la bañera, exclamó: «¡Coño! ¡Pero si lo que tengo en casa es una joyita!»

## LA VIEJITA INGENUA

Esta era una vez una viejita  
muy ingeeenua  
muy ingeeenua

que creía en las cosas más increíbles del mundo. Creía (por ejemplo) en el amor a primera vista. En el azul del Danubio. En la ingenuidad de los niños. En la fidelidad de los perros. (Y en su inteligencia.) En los cumpleaños. En el sonido del mar dentro de los caracoles. En los diccionarios de sinónimos. En Freud. En Andersen, en Grimm (en los dos). En la Guía de Teléfonos. En el observatorio. En el calendario azteca. En la poesía. En la letra K. (Incluyendo a Kafka y la «Kon-Tiki», como es natural.) En Salvador Dalí. Y en el dibujo animado.

Esta viejita creía en cualquier cosa. En casi todo.

Y por eso un día a esta viejita que era  
muy ingeeenua  
muy ingeeenua

se le ocurrió sembrar una ceiba dentro de una preciosa maceta azul que tenía en el balcón.

Claro está, esta viejita que era  
muy ingeeenua  
muy ingeeenua

no había leído la página 15 del tomo III del *Diccionario Enciclopédico UTEHA*, editado en México por la Unión Tipográfica Americana, copyright 1952. Ahí decía claramente:

«*Ceiba* (voz haitiana) f. Bot. la bombacácea *ceiba pentandra*, árbol americano, con tronco grueso, copa extensa casi horizontal, de unos 30 metros de altura...»

Ni tampoco esta viejita había escuchado las palabras precisas de aquel profesor de la cátedra de Agronomía de la universidad:

«Ejem... para sembrar una ceiba, necesitamos... al menos, de un terreno de unos seis por ocho metros... con un buen ph y mejor drenaje.»

Ni muchos menos esta viejita que era

muy ingeeenua

muy ingeeenua

supo jamás el diagnóstico profesional y mesurado de aquel otro eminente psiquiatra de la capital:

«Ejem... evidentemente... sembrar una ceiba dentro de una maceta —aunque sea azul— refleja... evidentemente... una condición psíquica de características altamente preocupantes... evidentemente...»

Por eso esta viejita que era

muy ingeeenua

muy ingeeenua

le echaba agua todos los días a su preciosa maceta azul y vivió

muy feliiiz

muy feliiiz

—envidiada terriblemente por todos los vecinos— con su gran ceiba de 30 metros de altura en su balcón.

La Editorial le quedará muy agradecida si recibe de usted su opinión acerca de esta obra, de su presentación y diseño, así como de los títulos editados por esta Colección. Le agradecerá también cualquier otra sugerencia. Nuestra dirección es: Editorial Letras Cubanas, Calle G núm. 505, El Vedado, Ciudad de La Habana.

---

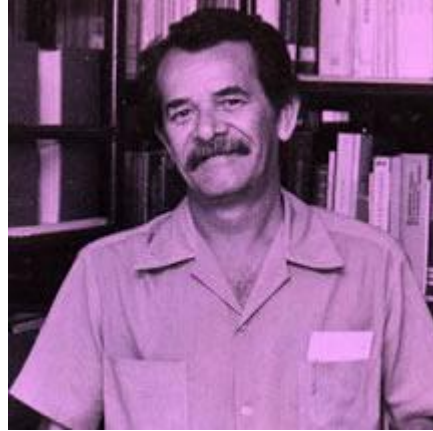


Este libro ha sido impreso por el Combinado Poligráfico "Osvaldo Sánchez". Se terminó de imprimir en el mes de octubre de 1981 "Año del XX Aniversario de Girón"

---

## SOBRE EL AUTOR

---



**HÉCTOR ZUMBADO ARGUETA** (La Habana, 1932) ha publicado numerosos artículos humorísticos en diversas revistas y periódicos, nacionales y extranjeros. Es autor de varios libros de relatos, entre los que se destacan los títulos: Limonada, Amor a primer añejo y Riflexiones.

## **¡ESTO LE ZUMBA!**

Con ¡Esto le zumba! H. Zumbado se confirma como uno de los talentos humorísticos más sobresalientes de la actualidad, brindándonos, en estos cuentos y relatos, toda la agudeza sarcástica de que ha hecho gala en múltiples ocasiones, como narrador y periodista.

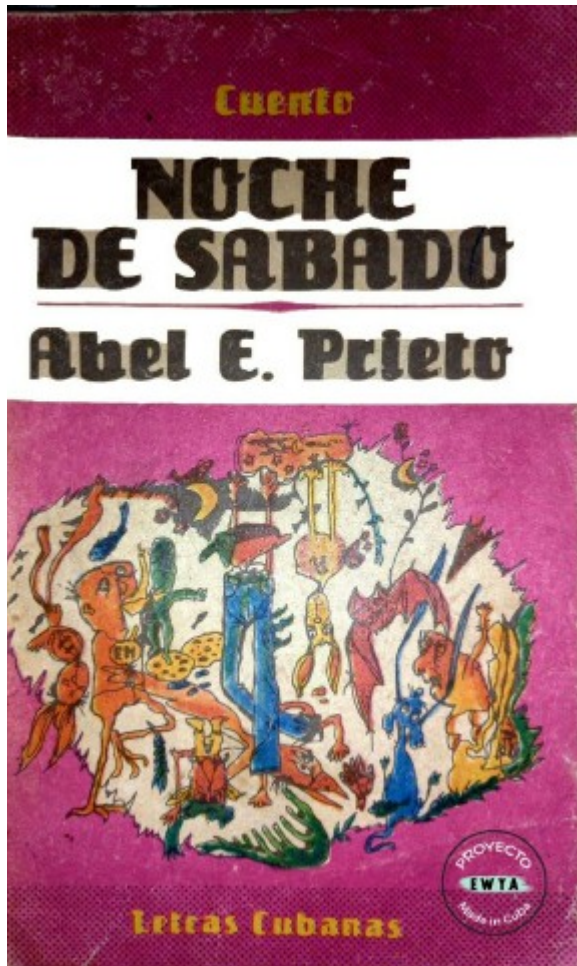
Orientada hacia la erradicación de aberraciones sociales, algunas de ellas latentes aún hoy, su crítica satírico-costumbrista se nos manifiesta aquí con el mismo gracejo y con la misma espontaneidad que caracterizan a casi toda su obra publicada, sumergiéndonos, entre sonrisas y carcajadas, en eso que él denomina un estado reflexivo.

Héctor Zumbado (La Habana, 1932) ha publicado numerosos artículos humorísticos en diversas revistas y periódicos, nacionales y extranjeros. Es autor de varios libros de relatos, entre los que se destacan los títulos: Limonada, Amor a primer año y Reflexiones.



## TÍTULOS DIGITALIZADOS

---



En la noche del sábado, sembrada de tentaciones, salen a la calle los personajes de este libro. Hay entre ellos mucha gente hinchada; gente que se ha fabricado un destino falso y sigue torpemente sus luces engañosas; hay algunos enanos, y también adolescentes largos como basquetbolistas, que se ponen de puntillas sobre su virginidad para interrogar al futuro; y hay muchachas gordas y castas, preparadas para esperar el amor durante años, y poetas soñadores, y burócratas que no saben soñar ni esperar. En esa multitud que se mueve en el hormiguero de la noche del sábado, vamos a tropezamos sin dudas con viejos conocidos y encontraremos muchas veces en ella a alguna parte de nosotros mismos.

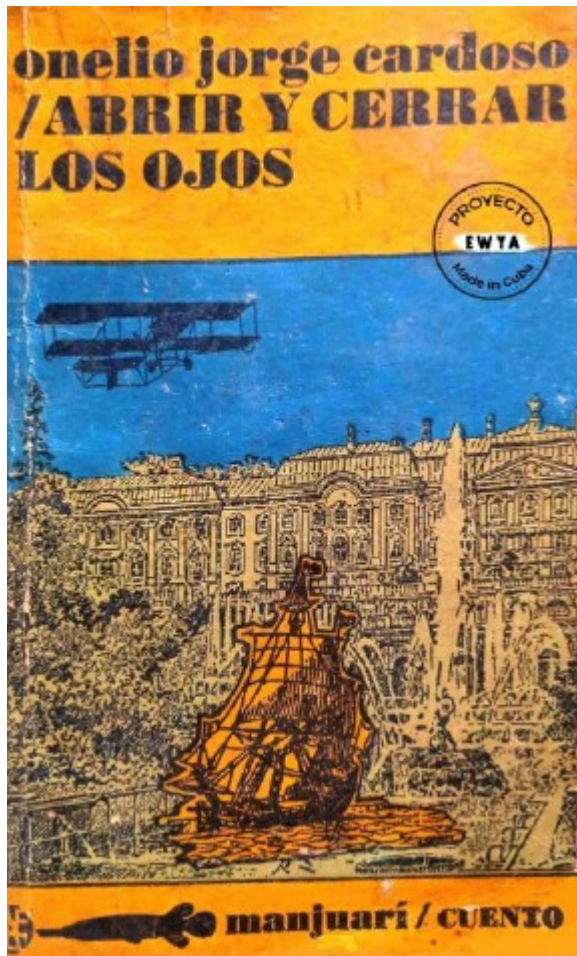


*Disponible para su descarga, totalmente gratis, en el siguiente enlace:*



[t.me/p\\_ewya/143](https://t.me/p_ewya/143)

*Conozca nuestra literatura. Disfrute de nuestros escritores. ¡Y no olvide seguirnos en las redes sociales!*



Con este libro, Onelio Jorge Cardoso se aventura en el mundo de la fantasía, desasido ya de ese cordón umbilical que lo emparentaba con la literatura criollista. Los cuentos de **Abrir y cerrar los ojos**, funcionan más dentro del marco de la corriente trascendentalista, de los temas subjetivos del subconsciente y la memoria, que de la inmediatez objetiva. En estos relatos, la vida trivial se halla magnificada con recursos nuevos, nunca antes empleados por Onelio, como el psicoanálisis. Como escribiera Onelio Jorge Cardoso en su cuento «El Caballo de coral»: un hombre tiene por dentro su angelito y su perro jíbaro, el autor ha demostrado poseer a ambos, atribuyendo al angelito esa humana y noble fibra que caracteriza sus narraciones, y al perro jíbaro, esa malicia técnica que rehúye todo convencionalismo al uso.



*Disponible para su descarga, totalmente gratis, en el siguiente enlace:*



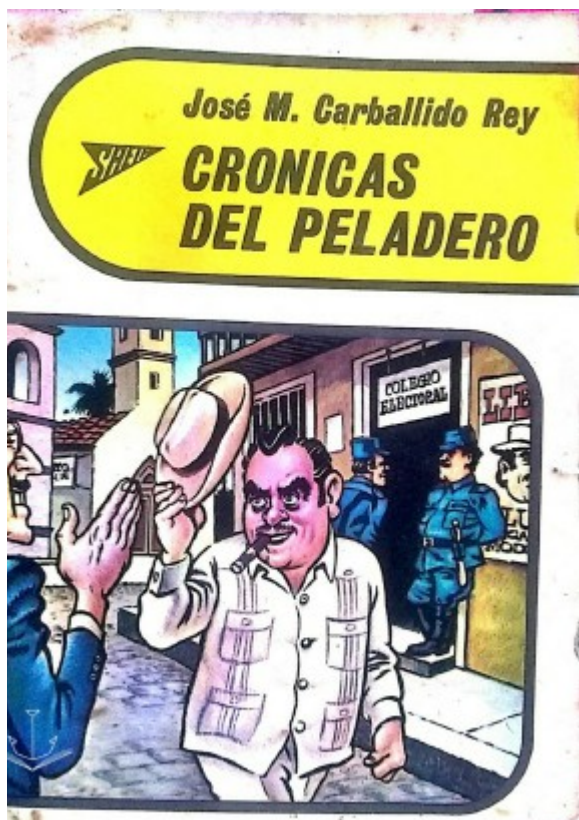
[t.me/p\\_ewya/147](https://t.me/p_ewya/147)

*Conozca nuestra literatura. Disfrute de nuestros escritores. ¡Y no olvide seguirnos en las redes sociales!*



## TÍTULOS POR DIGITALIZAR

---



Decir **Carballido Rey** es decir humorismo del bueno. Así lo demuestra la popularidad alcanzada, a través de los años, por programas como *Detrás de la fachada* y *San Nicolás del Peladero*, que desde la pequeña pantalla nos hacen reír, y también meditar. Colección Saeta, de la Editorial Letras Cubanas, ha recopilado, para disfrute del lector, estos chispeantes relatos, aparecidos en la publicación humorística *El Sable*, entre los años 1965 y 1966. El alcalde, Eufrates del Valle, el periódico *El Imparcial*, el sargento Arencibia, la botica *La Milagrosa*... ¿serán desconocidos para alguien estos personajes y estos lugares del “imaginario” pueblo de San Nicolás del Peladero?



**Muy pronto disponible para su descarga, totalmente gratis, en nuestro Canal de Telegram:**



[t.me/p\\_ewya](https://t.me/p_ewya)

**Conozca nuestra literatura. Disfrute de nuestros escritores. ¡Y no olvide seguirnos en las redes sociales!**